

[www.criteriocristiano.com.ar](http://www.criteriocristiano.com.ar)

Página-web personal bilingüe de Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk  
(Licenciada en letras rusas). Investigaciones bíblicas lingüísticas, históricas y literarias

**N.Gogol**

**Meditaciones sobre la Divina Liturgia**



**Editorial electrónica “Credo”  
Bs.As 2014**

Gógol, Nikolái Vasílievich

Meditaciones sobre la divina liturgia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Credo, 2014.

E-Book.

Traducido por: Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

ISBN 978-987-27819-8-9

1. Cristianismo. I. Ter-Grigorian de Demianiuk, Natalia, trad. II. Título

CDD 230

Fecha de catalogación: 05/11/2014

## Indice

El “nuevo” Gogol. Prólogo de la traductora -----	4
Prólogo de la edición rusa -----	8
Prólogo -----	10
Introducción -----	10
Proskomidia-----	11
Liturgia de los catecúmenos -----	17
Liturgia de los fieles -----	25
Conclusión -----	42

## El “nuevo” Gogol Prólogo de la traductora

En el año 1847, cuando los vientos revolucionarios sacudían a toda Europa, en San-Petersburgo salió un nuevo libro de N.B.Gogol, el célebre escritor satírico y humorista ruso, autor de tales obras como el “Revisor”, las “Almas muertas” y muchas otras. Fue titulado “Pasajes elegidos de la correspondencia con los amigos” y fuertemente difería de todo escrito por él anteriormente. La dicha obra ya no encarnaba una historia, llena de sátira y humor revelando los vicios sociales y humanos de Rusia. Aquí Gogol súbitamente se presentó ante el sorprendido público como un predicador religioso que insistía en la solución de todos los problemas de la vida – cotidianos, sociales, estatales y literarios – por el perfeccionamiento moral y religioso. Hablaba también sobre el papel mesiánico de Rusia, que, según él, es el país más idóneo para el cristianismo y será el primero en la tierra, donde se establecerán las leyes cristianas y se festejará la Luminosa Resurrección de Cristo. De haber renunciado al anterior estilo laico de sus obras, Gogol, además, retornó aquí hacia las tradiciones de los antiguos monumentos literarios rusos, poco usuales para la mayoría de los lectores contemporáneos.

El libro causó un ruido enorme. Lo recibieron con excesiva enemistad tanto los críticos literarios como los lectores y hasta los amigos. V.G Belinskiy, el crítico literario y revolucionario más conocido de aquel tiempo, no tardó en reaccionar ante el y escribió a Gogol: **“Según Usted, el pueblo ruso es el más religioso en el mundo: ¡mentira! .... Mire con más atención, y verá, que por su naturaleza es un pueblo profundamente ateo. Aún tiene mucha superstición, pero nada de religiosidad... La exaltación mística no está en su naturaleza: para ella tiene demasiado buen sentido, claridad y positivismo en su mente: Quizás, ahí haya la enormidad de sus destinos históricos en el futuro. (...) ¡Que gran verdad es que cuando uno se entrega a la mentira, pierde su razón y su talento! Si no hubiese puesto su nombre en el libro y si hubiese excluido de él aquellos trozos, donde Usted habla de sí mismo como del escritor, ¿quien pensaría que *este alboroto enfático y desaseado de las palabras y frases es la obra del autor del “Revisor” y de las “Almas muertas?”*”<sup>1</sup>**

El clero ruso de aquel tiempo tampoco aprobó la nueva obra de Gogol por haber encontrado en ella “tanto la luz como la oscuridad”. Algunos eclesiásticos incluso creían que la obra puede ejercer una influencia perniciosa sobre la sociedad, por la que el autor tendrá que responder ante Dios.

Se propagó rumor que Gogol se ha vuelto loco, - rumor que se mantuvo también después de su muerte en el 1852. El gran cambio espiritual que se había manifestado en él, le obligó a pensar que con sus obras anteriores había perjudicado a su amada Rusia y favorecido a la labor de los revolucionarios. Y por eso intentó deshacerse de ellas. Se

---

1. 1. Carta de V.G. Belinskiy a N-V- Gogol de 15/3 de junio del 1847.

[Письмо В.Г. Белинского к Н В Гоголю от 15/3 июля 1847 г.

«По-Вашему, русский народ — самый религиозный в мире: ложь!(..) Приглядитесь пристальнее, и Вы увидите, что это по натуре своей глубоко атеистический народ. В нем еще много суеверия, но нет и следа религиозности. (...) мистическая экзальтация вовсе не в его натуре; у него слишком много для этого здравого смысла, ясности и положительности в уме; и вот в этом-то, может быть, и заключается огромность исторических судеб его в будущем.(...) Какая это великая истина, что когда человек весь отдается лжи, его оставляют ум и талант! Не будь на Вашей книге выставлено Вашего имени и будь из нее выключены те места, где Вы говорите о самом себе как о писателе, кто бы подумал, что эта надутая и неопрятная шумиха слов и фраз — произведение пера автора «Ревизора» и «Мертвых душ?»»

<http://feb-web.ru/feb/gogol/texts/ps0/ps8/ps8-5002.htm> ]

concentró plenamente en la restauración de la imagen cristiana y de la gloria del pueblo ruso. De ahí en adelante todos sus pensamientos y todas sus escrituras se referían al renacimiento espiritual de su país. En otras ocasiones escribía: **“Se nota un fenómeno prodigioso en la historia de nuestro pueblo. El libertinaje, las perturbaciones, las revueltas, los engendros sombríos de la ignorancia, igual que las discordias y toda clase de desacuerdos estaban presentes en nosotros, quizás, en la escala aun mayor que en cualquier otro pueblo, lo que se manifiesta vivamente en todas las páginas de nuestros anales. Pero, en cambio y al mismo tiempo, en los elegidos de nuestro país la luz brilla más fuertemente que en cualquier otro lugar. Los anales, aunque sin dejar relatos detallados respecto a eso, no obstante, nos hacen en todo percibir los indicios de una recóndita vida interior del pueblo, que revela la posibilidad de un sistema civil, basado en las más puras leyes cristianas...”**<sup>2</sup> Como si respondiendo a los predispuestos a la revolución, Gogol insistía que **“La instancia suprema del todo es la Iglesia, sólo en ella está la solución de todos los asuntos de la vida”**.<sup>3</sup> **“La sociedad se repondrá,- dice él en otra oportunidad,- sólo si cada persona particular se ocupa de sí mismo y comienza a vivir cristianamente, sirviendo a Dios con los medios que dispone y esforzándose por ejercer una buena influencia sobre el pequeño círculo de la gente que la rodea. Entonces todo se arreglará; entre los hombres por sí mismo se establecerán las relaciones correctas; para todo estarán determinados los términos justos y la humanidad avanzará.”**<sup>4</sup> En su última nota Gogol dirigiéndose a sus amigos invocaba, como un apóstol: **“Sed almas vivas, no muertas. No hay otra puerta más que la indicada por Jesucristo, y cada cual que intenta entrar de otro modo, es un ladrón y bandolero”**.<sup>5</sup>

Muy pocos aprobaron este cambio en el escritor. Uno de estos pocos era

---

2. Carta de N.V. Gogol a A.M. Veliegoraskaia de 30 de marzo del 1849/ Moscú. [ Николай Васильевич Гоголь. Эпистолярное наследие. Гоголь и Вельегорские. Гоголь А.М. Вельегорской от 30 марта 1849 г. Москва: «Да. В истории нашего народа примечается чудное явление. Разврат, беспорядки, смуты, темные порождения невежества, равно как раздоры и всякие несогласия были у нас еще, быть может, в большем размере, чем где-либо. Они ярко выказываются на всех страницах наших летописей. Но зато в то же самое время светится свет в избранных сильнее, чем где-либо. Слышатся также повсюду в летописях следы сокровенной внутренней жизни, о которой подробной повести они нам не передали. Слышна возможность основания гражданского на чистейших законах христианских”

<http://books.google.com.ar/books?id=UeRhmVUxVAcC&pg=PT110&lpg=PT110&dq=%D0%93%D0%BE%D0%B3%D0%BE%D0%BB%D1%8C+%D0%BF%D0%BE+%D0%BB%D0%B5%D1%82%D0%BE%D0%BF%D0%B8%D1%81%D1%8F%D1%85&source=bl&ots=H0qG1dNj55&sig=I0q-qltjUyaACiVta0EfindtcSCI&hl=es&sa=X&ei=YfpEVK7LLNaAsQSS-4DoDA&ved=0CF0Q6AEwCA#v=onepage&q=%D0%93%D0%BE%D0%B3%D0%BE%D0%BB%D1%8C%20%D0%BF%D0%BE%20%D0%BB%D0%B5%D1%82%D0%BE%D0%BF%D0%B8%D1%81%D1%8F%D1%85&f=false> ]

3. N.V.Gogol. La confesión de autor. [ Н.В.Гоголь. Авторская исповедь. «(...) верховная инстанция всего есть церковь и разрешение вопросов жизни в ней» <http://feb-web.ru/feb/gogol/texts/ps0/ps8/ps8-432-.htm> ]

4. N.V.Gogol. Obras religiosas. Notas, bocetos, anotaciones premortales. A mis amigos. 1852.

[ Н.В. Гоголь. Религиозные произведения. Заметки, наброски, предсмертные записи. Друзьям моим. 1852 г.

«Общество тогда только поправится, когда всякий частный человек займётся собою и будет жить как христианин, служа Богу теми орудиями, какие ему даны, и стараясь иметь доброе влияние на небольшой круг людей, его окружающих. Всё придёт тогда в порядок, сами собою установятся тогда правильные отношения между людьми, определятся пределы законные всему. И человечество двинется вперёд».

<http://books.google.com.ar/books?id=eKl5aj944AgC&pg=PT162&lpg=PT162&dq=> ]

5. En el mismo lugar (véase la nota 4): [ «Будьте не мертвые, а живые души. Нег другой двери, кроме указанной Иисусом Христом, и всяк, прелезающий иначе, есть тать и разбойник.» ]

P.A.Pletniov, otro crítico literario, que definió “Pasajes...” como “**el principio de la literatura rusa propiamente dicha**”.<sup>6</sup> Casi un siglo después K.Mochulskiy en su libro “El camino espiritual de Gogol”, mirándolo desde la perspectiva de los años, escribió: “**Todos los rasgos característicos de la “gran literatura rusa”, que le proveyeron el conocimiento mundial - a saber: su espíritu religioso y moral, su orientación hacia la justicia civil y social, su carácter combativo y práctico, su énfasis profético y el mesianismo - estaban trazados por Gogol. Justamente de Gogol empieza el camino amplio de la literatura rusa, sus vastas extensiones mundiales...**”<sup>7</sup>

“Pasajes elegidos de la correspondencia con los amigos” fue la primera y la última obra espiritual del “nuevo” Gogol, publicada aún en su vida. El resto se editó después de su muerte.

Las presentadas aquí “**Meditaciones sobre la Divina Liturgia**” pertenecen precisamente a este último período creativo del escritor. En ellas, explicando el significado simbólico de todas las acciones de la Divina Liturgia, Gogol convocaba a todos a participar conscientemente en su celebración. Comenzó a escribirlas en los años 1843-1844, pero no terminó. En esta forma inconclusa “Meditaciones...” por primera vez salieron a la luz (aunque con muchas correcciones de censura) en 1857, es decir, pasando cinco años después de su muerte. La primera edición basada en los manuscritos auténticos data del año 1889. Sin embargo durante todo el tiempo del régimen soviético “Meditaciones sobre la Divina Liturgia” permanecieron desconocidas al amplio círculo de los lectores hasta su nueva edición en 1992.

Pero esa última edición tampoco aumentó el número de sus conocedores y lectores. Y por una simple razón: ¡*su lenguaje!* La obra representa un texto corrido, pocas veces interrumpido y ya sólo por eso su lectura origina muchas dificultades para el lector. Pero su mal principal son sus oraciones. Largas hasta el cansancio, representan un auténtico laberinto gramatical entre el sujeto y predicado, formado por las subordinadas interminables y embrolladas que complican su lectura exigiendo bastante atención y esfuerzo para que no se pierda el hilo de la idea que contienen. La siguiente es un ejemplo de sus oraciones que suelen ser aun mucho más largas. He marcado el sujeto y el predicado y lo que está entre ellos son las ramas entrelazadas de este árbol gramatical:

*“Cada uno de los reunidos en la iglesia, **reconociendo** que también en él, como en la imagen de Dios se encuentra la misma triplicidad, - es decir, Él Mismo, Su Palabra y Su Espíritu, o la idea que dirige a la palabra; pero que a pesar de esto su palabra humana es impotente, se derrama ociosamente y nada crea, tampoco le pertenece su espíritu que depende de todas las impresiones extrañas, y sólo cuando él se eleva hacia Dios, entonces los ambos (su palabra y su espíritu) se ponen fuertes en él: en su palabra se refleja la Palabra de Dios, en su espíritu, el Espíritu de Dios, y la imagen*

---

6. La carta de P.A. Pletniov a Gogol de 1/13 de enero del 1847. Sanct-Peterburgo.

[П. А. Плетнёв – Гоголю от 1/13 января 1847. СПб. о «Выбранных местах из переписки с друзьями» (книга эта) “есть начало собственно русской литературы.”

[http://www.e-reading.me/chapter.php/96390/275/Gippius\\_-\\_Gogol%27.\\_Vospominaniya.\\_Pis%27ma.\\_Dnevnik.html](http://www.e-reading.me/chapter.php/96390/275/Gippius_-_Gogol%27._Vospominaniya._Pis%27ma._Dnevnik.html)

7. Mochulsiy K.V. “El camino espiritual de Gogol” Paris, 1934 “Ymca Press”

[Мочульский «Духовный путь Гоголя» 1934 Париж. «Ymca Press».

«Все черты, характеризующие «великую русскую литературу», ставшую мировой, были намечены Гоголем: её религиозно-нравственный строй, её гражданственность и общественность, её боевой и практический характер, её пророческий пафос и мессианство. С Гоголя начинается широкая дорога, мировые просторы.» ]

*de la Trinidad del Creador se graba en la creatura y la creatura llega a ser semejante al Creador, - reconociendo todo esto cada cual que escucha el canto del Trisagio, reza interiormente para que el Santo Dios, Fuerte e Inmortal habiéndolo purificado, lo elija como Su templo y Su residencia, y tres veces repite para su adentro: ¡ Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad!*”

Tampoco están facilitando la lectura las citas dadas en eslavo eclesiástico y los numerosos neologismos del autor que aun más amontonan sus oraciones.

Los editores no redactaron el texto, porque es imposible hacerlo sin reescribir la obra que en tal caso perdería su autenticidad y ya no sería la de Gogol.

Sin embargo hay que admitir que Gogol casi no se embrolla en los laberintos gramaticales que crea, porque parece escribir con un solo aliento, bien conciente de todo lo que dice a pesar de los murmullos sobre su locura. Sin duda, las “Meditaciones...” merecen la atención tanto por la exposición del significado simbólico de cada detalle de la Liturgia ortodoxa como por la manifestación del asombroso cambio espiritual que experimentó el célebre escritor. Y los que han leído sus obras anteriores podrán apreciar bien el precipicio que se ha formado entre ellas y sus últimas escrituras.

Intentando conservar en la traducción el estilo auténtico del texto, yo, sin embargo, tomé la libertad de dividirlo en varias partes semánticas y marcar algunos comienzos con el fin de facilitar un poco la lectura. Esas divisiones están presentadas entre paréntesis, como títulos, y también dentro del texto por las palabras rayadas escritas tanto en letras minúsculas como en letras mayúsculas y a veces, con letras itálicas. Las notas al pie de las páginas y las indicaciones de las citas bíblicas dentro del texto, dadas entre paréntesis, también pertenecen a mí.

La traducción fue hecha del texto de la siguiente edición: Собрание сочинений в девяти томах. Том шестой. Москва. Русская книга, 1994

Se presenta la última versión de la traducción hecha hace años y verificada en el octubre del 2014.

Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

## **Prologo de la edición rusa**

\*\*\*

[“Meditaciones sobre la Divina Liturgia”, - la obra conclusiva del clásico de la literatura rusa N.V.Gogol, desconocida para el amplio círculo de los lectores, - abre ante nosotros las puertas hacia el mundo de las confesiones de nuestros antepasados – el mundo de la Ortodoxia. A la vez la misma nos presenta al conocido autor bajo un nuevo perfil del autor religioso que escribe dentro de las mejores tradiciones de la literatura patristica. A pesar nuestro, esta obra, altamente apreciada por Filaret, el Metropolitano de Moscú, y por los monjes de la Ermita Óptina, no fue concluida. Por eso en el texto de las “Meditaciones...”, especialmente en la “Liturgia de los fieles” hay algunas imprecisiones y lagunas.]





N.V.GOGOL

## MEDITACIONES SOBRE LA DIVINA LITURGIA

*En nombre del Padre, del Hijo  
y del Espíritu Santo. Amen.*

### Prólogo

El objetivo de este libro es mostrar a los jóvenes y a las personas que todavía poco conocen o recién comenzaron a conocer el significado de nuestra Liturgia toda la plenitud y profunda conexión interna, en las cuales ella se celebra. De todas las explicaciones que hicieron los Padres de la iglesia e Instructores, han elegidas aquí sólo aquellas, que por su sencillez son accesibles para todos y que sirven principalmente para entender el vínculo necesario y correcto entre cada acción. La intención del editor de este libro es establecer el orden de todo esto en la conciencia del lector. Él está convencido, que el sentido profundo de la Liturgia se revelará por sí mismo a cada uno de los que la sigan atentamente repitiendo todas las palabras.

### Introducción

La Divina Liturgia es la eterna repetición de la gran proeza de amor realizada para nosotros. La humanidad sufriendo de sus propios desordenes, de todos lados, desde todas las partes del mundo invocaba a su Creador, y por doquier toda la creatura angustiada que se encontraba en la oscuridad del paganismo, privada del cualquier conocimiento de Dios, de haber escuchado que el orden y la armonía pueden ser establecidos en la tierra sólo por Aquel Quién ordenó a todos los mundos por Él creados moverse en la esbelta armonía, clamaba a Él. Todo invocaba al Causante de su existencia con grandes clamores, y estos clamores se oían más audibles en las bocas de los elegidos y de los profetas. Presentían y sabían, que el Creador, que se oculta en sus creaciones, se presentará Él mismo a los hombres cara a cara, se presentará en ninguna otra forma sino como la imagen de aquella su criatura que fue creada a su imagen y semejanza. La encarnación de Dios en la tierra se presentaba a todos a medida que se purificaban las ideas respecto a la divinidad. Pero nadie en ningún lugar había dicho de ella tan claramente, como lo hacían los profetas del pueblo elegido por Dios. Y hasta Su purísima encarnación de la Inmaculada Virgen, conjeturada incluso por los paganos, la misma en ningún lugar se manifestó en la claridad tan evidente y perceptible como en las profecías de los profetas.

Los clamores fueron escuchados: llegó al mundo, *y el mundo fue por El hecho*; apareció entre nosotros en la imagen humana, como presentían, y “preescuchaban”<sup>1</sup> también en la profunda oscuridad del paganismo, pero no sólo como lo imaginaban según sus conceptos no purificados, es decir, no en el resplandor arrogante y en la imponentia, no como un castigador de los delitos, no como un juez que viene a exterminar a unos y recompensar a otros. ¡No! Se percibió un manso ósculo del

---

1. Es uno de los neologismos del autor

hermano. Su aparición se realizó de un modo sólo propio a Dios, como la premodelaron divinamente los profetas, según Su mandamiento...

### Proscomidia

El sacerdote, que ha de celebrar la Liturgia, ya desde la noche anterior debe conservar su alma y su cuerpo abstemios, debe estar reconciliado con todos y cuidarse de sentir algún descontento por quien sea.

(Acción de revestirse)

Mas cuando llega la hora, va a la iglesia; junto con el diacono se inclina ante las puertas reales, besa la imagen del Salvador, besa la imagen de la Virgen, Madre de Dios, se inclina ante los semblantes de todos los santos, también ante todos los presentes, que están a la derecha y a la izquierda, solicitando con su inclinación el perdón de todos ellos, y entra al altar, musitando el salmo; ***Entraré con víctimas en Tu Casa, cumpliré mis promesas.*** (Sal 66/65: 13) Al acercarse al trono<sup>2</sup> mirando hacia el oriente, ambos - el sacerdote y el diácono - hacen ante el trono tres reverencias profundas y besan el evangelio que se encuentra sobre la mesa como si fuera el Mismo Señor sentando en el trono; luego besan también la misma mesa y comienzan a revestirse con la indumentaria sagrada para aislarse no sólo de los demás, sino también de sí mismos, para que nada en ellos recuerde a los hombres, que se ocupan de las cosas habituales. Y pronunciando por sus adentros ***¡Dios, soy pecador, purifícame y perdóname!***, el sacerdote y el diácono toman *en* sus manos las vestiduras.

Primero se viste el diacono. Después de pedir la bendición del hierofante se pone el stijarión (o el alba) de color brillante en la conmemoración del luminoso vestido angelical y como recordatorio sobre la inmaculada pureza del corazón, que debe ser inseparable de la dignidad del sacerdocio, por lo que mientras se lo pone, pronuncia: ***Yo me regocijaré con gozo en el Señor, pues él me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a esposo adornado con guirnalda, y como a esposa ataviada con sus joyas.*** (Isaías, 61:10). Después besándola toma la estola, una banda larga y estrecha, propia del grado del diacono, que se usa para señalar el comienzo de cualquier tipo de actividad eclesiástica y fomentar al pueblo a rezar, a los cantores, a cantar, al sacerdote, a celebrar y a sí mismo, a servir con la rapidez y disposición. Pues la dignidad del diácono es similar a la dignidad del ángel en los cielos, y por esa misma banda fina lanzada sobre él, que flota por su andar ágil por la iglesia, como un ala aérea, el diácono, según la expresión de Crisóstomo<sup>3</sup>, representa el vuelo angelical. Al besar esa banda, la echa sobre su hombro. Luego pone los mangotes (o las epimaniquias), que se anudan alrededor de cada una de sus manos para comunicarles más libertad y habilidad en el ejercicio de las próximas celebraciones. Poniéndolos, piensa en la fuerza creativa de Dios actuando por doquier. Al poner el mangote sobre la mano derecha, pronuncia: ***Tu diestra, Yahveh, relumbra por su fuerza; tu diestra, Yahveh, aplasta al enemigo. En tu gloria inmensa derribas tus contrarios.*** (Ex 15: 6-7) Al ponerlo sobre la mano izquierda, piensa en sí mismo como en una obra de las manos de Dios, y ruega a su Creador conducirlo con Su dirección suprema y alta, diciendo así:

---

2. Es decir, a la mesa del altar

3. San Juan Crisóstomo, padre de la Iglesia (347-407)

***Tus manos me han hecho y me han formado, hazme entender, y aprenderé tus mandamientos.*** (Sal 119: 73)

El sacerdote se viste del mismo modo. Primero bendice el *stijarión* y se lo pone, acompañando sus acciones con las mismas palabras que había pronunciado el diácono al vestirse; pero luego ya no se pone una simple *estola* para un solo hombro, sino la pone sobre los dos hombros. Habiendo cubierto así ambos hombros y rodeado el cuello, la estola se une con sus dos extremos al nivel del pecho del sacerdote y así, enlazada, baja hasta el borde de su vestidura, señalando de este modo la fusión en su cargo de los dos cargos, a saber, del hierofante y del diacono. Y la misma ahora no se llama estola, sino *epitrajio* que con su alzamiento manifiesta la efusión de la gracia suprema sobre los sacerdotes, y por eso sus acciones el hierofante acompaña con las majestuosas palabras de la Escritura: ***Bendito sea Dios, que vierte Su bendición sobre Sus sacerdotes, como unguento fino en la cabeza, que va bajando por la barba, que baja por la barba de Aarón, hasta la orla de sus vestidos.*** (Sal 133/132, 2) Después sobre sus ambos antebrazos se pone los mangotes, acompañando sus acciones con las mismas palabras que había pronunciado el diácono, y se ciñe el *stijarión* y el *epitrajio* con un cinturón, para que el ancho de la vestidura no le impida realizar las ceremonias y para expresar su disposición a servir, porque uno se ciñe al ponerse en camino, o al ponerse las manos a la obra, o al prepararse para realizar una hazaña: también el sacerdote se ciñe al ponerse en camino del servicio celestial y mira a su cinturón como a la solidez de la fuerza Divina, que le hace fortalecer, por lo que pronuncia: ***Bendito sea el Dios, que me ciñe de fuerza y hace mi conducta irreprochable, que hace mis pies como de cierva y en las alturas*** - es decir en la casa del Señor - ***me sostiene en pie*** ( Sal 18/17, 33-34). Y si, además, el hierofante está investido de dignidad superior al sacerdocio, entonces sobre su costado cuelga, por uno de sus cuatro extremos, un paño cuadrangular que simboliza la espada espiritual, la fuerza victoriosa de la palabra de Dios en el anuncio del eterno combate que el hombre tiene por delante en el mundo, aquella victoria sobre la muerte, que Jesucristo manifestó ante de todo el mundo, para que el espíritu inmortal del hombre luchara animosamente contra la descomposición de su cuerpo. Es por eso que el paño aparenta ser una fuerte arma bélica; se cuelga sobre el cinturón, donde se encuentra la fuerza del hombre, y por la misma razón la dicha acción se acompaña con el llamamiento a Dios: ***Ciñe tu espada a tu costado, oh bravo, en tu gloria y tu esplendor marcha, cabalga, por la causa de la verdad, de la piedad, de la justicia. ¡Tensa la cuerda en el arco, que hace terrible tu derecha!*** (Sal 45: 4-5)

Por último el hierofante se pone la *casulla (felonión)* - el sobretodo que cubre su vestidura en señal de la suprema verdad de Dios, que cobija todo por entero, acompañando sus acciones con las siguientes palabras: ***¡Que tus sacerdotes, Yahveh Dios, se revistan de salvación. y tus fieles gocen de la felicidad!*** (2 Cro 6: 41) Y así, siendo vestido de armas de Dios, el sacerdote ya representa a otro hombre: quienquiera que sea por si mismo, aunque poco sea digno de su rango, todos los que están en el templo lo miran como al arma de Dios, a través del cual el Espíritu Santo tiende su arco.

Tanto el sacerdote como el diácono lavan sus manos acompañando el lavado con la lectura del salmo: ***Mis manos lavo en la inocencia y ando en torno a tu altar, Yahveh*** (Sal 26: 6). Haciendo tres inclinaciones y pronunciando a la vez: ***¡Dios! Purifícame, soy pecador y ten piedad de mí,*** se levantan purificados, alumbrados como sus radiantes vestidos, y ya nada en ellos recuerda a otros hombres, parecen más a visiones resplandecientes que a hombres.

(Proscomidia propiamente dicha)

El diácono diciendo: **¡Bendice, señor!** hace recordar que es el tiempo de empezar la celebración. Y el sacerdote la empieza con las palabras: **Bendito es Dios ahora y siempre y por los siglos de los siglos**, y después se acerca al altar lateral.

Toda esta parte de la celebración consiste en la preparación de lo necesario para la Liturgia, a saber: en la separación de las ofrendas, o del pan eucarístico, de aquel pan que primero ha de formar el Cuerpo de Cristo y luego transformarse en Él.

Ya que toda la Proscomidia es nada más que la preparación para la Liturgia, la iglesia reunió con ella la memoria sobre la vida inicial de Cristo, que también fue una preparación para Sus hazañas en el mundo. Se realiza en el altar a puertas cerradas, con la cortina corrida, invisible para la gente, como fue el inicio de la vida de Cristo, que transcurría invisiblemente para el pueblo. Mientras tanto los presentes escuchan las horas, es decir, aquellos salmos escogidos y aquellas oraciones escogidas, que en los tiempos antiguos los cristianos leían durante las cuatro horas principales del día: a la una, cuando para ellos comenzaba la mañana; a las tres que fue la hora del descenso del Espíritu Santo; a las seis, que fue la hora, cuando el Salvador del mundo fue clavado en la cruz; y a las nueve, que fue la hora, cuando Él había expirado. Pero ya que para el cristiano actual por su falta de tiempo y por sus interminables diversiones resulta imposible efectuar estas oraciones a las horas indicadas, las reúnen y leen ahora.

Habiendo acercándose al altar lateral, o a la ofrenda que se encuentra en el nicho de la pared del antiguo tabuco lateral del templo, el hierofante toma UNA de las HOSTIAS con el fin de retirar de la misma aquel parte que ha de ser el Cuerpo de Cristo, es decir, el centro con un sello marcado por el nombre de Jesucristo. Retirando así el pan del pan señala la detracción del cuerpo de Jesucristo de lo de la Virgen, es decir, el nacimiento del Incorpóreo en carne y hueso. Y pensando en lo que se nace Aquel Quién Se sacrificó por todo el mundo, el hierofante inevitablemente une la idea de la ofrenda con la del sacrificio y mira al pan como si fuera el cordero que se sacrifica; mira al cuchillo de retirar, como si fuera el cuchillo del sacrificio representando la lanza que atravesó el Cuerpo del Salvador en la cruz. Ahora el hierofante - sin acompañar sus acciones con las palabras del Salvador, ni con las de los testigos contemporáneos de lo sucedido, sin trasladarse a aquel tiempo, cuando se realizó este sacrificio - pues lo tiene por delante, en la parte última de la Liturgia - se dirige a eso, a lo que tiene por delante, desde lejos, viéndolo mentalmente con claridad; por lo que toda la ceremonia la acompaña con las palabras del profeta Isaías, quien clarividentemente había divisado desde lejos, desde la oscuridad de los siglos el maravilloso nacimiento venidero del Salvador, su sacrificio y su muerte, y los había proclamado con la inconcebible transparencia. Clavando la lanza en el lado derecho del sello, pronuncia las palabras de Isaías: **Como un cordero al degüello era llevado** (Is 53: 7); clavándola después en el lado izquierdo del sello, pronuncia: **como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca** (Is 53: 7); clavando luego la lanza en el lado superior del sello, dice: **En su humillación le fue negada la justicia** (Hch 8:33).<sup>4</sup> Después clavando la lanza en el lado inferior del sello, pronuncia las palabras del profeta que quedó pensativo acerca del origen maravilloso del Cordero condenado, - las palabras son las siguientes: **¿quién confesará tu linaje?** (Hch 8: 33) Y después con la

---

4. En esa cita y en las siguientes dos Gogol también se refiere al profeta, pero cita los Hechos de los apóstoles. De todos modos se trata de lo mismo.

lanza levanta un poco el centro recortado del pan diciendo: *su vida fue arrancada de la tierra.*; (Hch 8: 33 o Is 53: 8) y en señal de Su muerte en la cruz dibuja sobre el pan el signo crucial del sacrificio, por el cual después, durante la próxima celebración el pan se quebrantará. Y haciéndolo dice: *Se sacrifica el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo llevándolo sobre sí mismo.* Y luego volviendo el pan sello abajo y la parte retirada arriba, como si fuera el cordero que se sacrifica, clava la lanza en el costado derecho, recordando con ese degollar la ofrenda la perforación de la costilla del Salvador con la lanza del guerrero que estaba junto a la cruz; y pronuncia: *uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido.* (Jn 19: 35) Esas palabras son al mismo tiempo una señal, para que el diácono vierta el vino y el agua en el Cáliz Sagrado. El diácono, que hasta este momento miraba piadosamente a todo lo que hacía el hierofante ora recordándole que debe comenzar la celebración, ora marcando para sus adentros cada su acción con las palabras: *¡Recemos al Señor!*, al fin, después de juntar el vino y el agua y pedir la bendición del hierofante, los vierte en el Cáliz. Así el vino y el pan ya quedan preparados para su transformación durante la próxima elevada ceremonia!

Dando cumplimiento al rito de la Iglesia inicial y de los primeros santos cristianos que pensando en Jesucristo siempre recordaban a todos aquellos quienes por el cumplimiento de Sus mandamientos y por la santidad de sus vidas habían sido los más íntimos a Su corazón, el sacerdote toma las otras hostias con el fin de retirar sus partes y ponerlas en el mismo disco junto con el Pan Santo que forma al Señor Mismo, porque todos esos santos también ardían en el deseo de estar por doquier con su Señor.

Habiendo tomado en sus manos LA SEGUNDA HOSTIA el hierofante retira una parte de ella en memoria de la Santísima Virgen, la Madre de Dios, y la pone al lado derecho del Pan Santo, pronunciando a la vez las siguientes palabras del salmo de David: *a tu diestra una reina, con el oro de Ofir.* (Sal 45: 10)

Después toma LA TERCERA HOSTIA en memoria de los santos, con la misma lanza retira de ella nueve partículas y las coloca en tres filas, por tres en cada una. Retira La primera partícula en el nombre de Juan Bautista, la segunda, en el nombre de los profetas, la tercera, en el nombre de los apóstoles y con eso concluye la primera fila y el primer grado de los santos. Luego retira la cuarta partícula en el nombre de los santos padres; la quinta, en el nombre de los mártires; la sexta, en el nombre de los reverendísimos y beatos padres y madres y con esto concluye la segunda fila y el segundo grado de los santos. Después retira la séptima partícula en el nombre de los taumaturgos y los hombres desinteresados; la octava, en el nombre de Joaquín y Ana, los padres de Dios (*sic*), y del santo del mismo día; la novena, en el nombre de Juan Crisóstomo o Basilio magno, depende de según cual de ellos se hace la celebración del día, y con eso concluye la tercera fila y el tercer grado de los santos, y pone todas las nueve partículas retiradas en el santo disco junto al Pan Santo, a su izquierda. Y Jesucristo se presenta entre Sus íntimos, Él que habita en los santos, se ve visiblemente entre sus santos - Dios entre los dioses, hombre entre los hombres.

A continuación tomando en sus manos LA CUARTA HOSTIA que conmemora a todos los vivos, el sacerdote retira de la misma las partículas en el nombre del emperador, en el nombre del sínodo y de los patriarcas, en el nombre de todos los cristianos ortodoxos, dondequiera que vivan, y, al final, en el nombre de cada uno de los que le habían pedido recordarlos o de quien él mismo quiera recordar por sus nombres.

Después el hierofante toma LA ÚLTIMA HOSTIA, retira de la misma las partículas en el nombre de todos los muertos, pidiendo al mismo tiempo perdón por sus pecados y conmemorando así a los patriarcas, a los reyes, a los constructores del templo, al

prelado que lo había consagrado, si este ya está entre los difuntos, y hasta al último de los cristianos, por quien le habían pedido o por quien el mismo quiera retirar. Al final de todo el hierofante pide perdón también por sus propios pecados retirando del mismo modo una partícula en su propio nombre y después a todas ellas las pone sobre el disco con el Pan Santo, debajo del mismo.

De este modo, alrededor del Pan Santo - del Cordero que representa a Jesucristo - se une toda Su Iglesia, tanto triunfante en los cielos como militante aquí. El Hijo del Hombre aparece entre los humanos por los cuales se encarnó haciéndose hombre. El sacerdote toma una esponja y cuidadosamente junta sobre el disco hasta los más pequeños granos del Pan, para que nada se pierda del Pan Santo y todo sea confirmado.

Al alejarse del altar, el hierofante se inclina ante el Pan, como lo haría ante la encarnación misma de Jesucristo, saludando en esa forma del pan sobre el disco la aparición del Pan Celestial sobre la tierra, y lo hace incensándolo después de haber bendecido el incensario y leyendo a la vez ante él la siguiente oración: ***Cristo, Dios nuestro, Te traemos el Incensario con la exhalación del aroma espiritual, tomado en Tu altar supremo celestial y envíanos la gracia de Tu Espíritu Santo.***

Y devolviendo el pasado a la actualidad el hierofante se traslada mentalmente a aquel tiempo, cuando fue el Nacimiento de Jesucristo, y mira al altar lateral, como si fuera la guarida misteriosa en la tierra, adonde se desplazó para entonces el Cielo: El Cielo se convirtió en la guarida, y la guarida – en el Cielo. Al incensar la estrellita - dos arcos de oro con una estrella arriba - y al colocarla sobre el disco, mira a ella como si fuera la estrella brillando sobre el Niño y dice: ***la estrella... llegó y se detuvo encima el lugar donde estaba el niño*** (Mt 2: 9); mira al Pan Santo apartado para el sacrificio, como si fuera el Niño recién nacido; mira al disco, como si fuera la casa-cuna con el Niño acostado en ella; mira a los mantos, como si fueran los pañales que cubrían al Niño.

Y de haber incensado el primer manto, cubre con él todo el disco junto con el Pan Santo y pronuncia el siguiente salmo: ***Solo el Señor es rey, de majestad vestido...*** (Sal 93: 1- Vers. La santa Biblia) etcétera, es decir el salmo, en que se decanta la altura maravillosa del Señor. De haber incensado el segundo manto cubre con él el Santo Cáliz pronunciando al mismo tiempo: ***Tu virtud, Cristo, cubrió los cielos, y la tierra se llenó de Tu alabanza.*** Y después tomando el gran manto, que se llama santo aire, cubre con él el disco y el Cáliz y clama a Dios que nos cubra con el abrigo de Su ala.

Luego habiéndose alejado de la ofrenda los dos se inclinan ante el Pan Santo, como lo habían hecho los pastores-reyes ante el Niño recién nacido, mientras que el hierofante incienso ante la guarida como si difundiendo el perfume de aquel incienso y de aquella mirra que estos sabios habían traído junto con el oro.

En cuanto al diácono, este sigue asistiendo atentamente al hierofante ora acompañando cada su acción con las palabras: ***Recemos al Señor***, ora recordándole sobre el comienzo de la misma acción. Finalmente, recibe de las manos del sacerdote el incensario y con las siguientes palabras recuérdale sobre la oración que él debe elevar al Señor por las Ofrendas que habían preparado para Él: ***¡Por los ofrecidos Santos Sacramentos recemos al Señor!*** Y el sacerdote comienza a rezar. Aunque las Ofrendas habían sido preparadas no más que sólo para el ofrecimiento, pero porque de aquí en adelante en nada más pueden emplearse, también el sacerdote lee la oración que anticipa la aceptación de las Ofrendas ofrecidos para la próxima entrega, sólo para sí mismo Y las palabras de su oración son esas: ***Oh Dios, Dios nuestro, que enviaste como Pan de cielo, alimento del mundo entero, a nuestro Señor y Dios Cristo, Salvador, Redentor y Bienhechor que nos bendice y santifica, bendice Tú Mismo esta ofrenda y acógela***

*en Tu altar celestial. En tu bondad y en Tu amor a los hombres, acuérdate de los oferentes y de aquellos por los que han ofrecido; y a nosotros, presérvanos de toda culpa en la celebración de Tus divinos misterios.*<sup>5</sup> Después de la oración el hierofante hace la absolución de la Proscomidia; y el diácono inciensa primero la ofrenda y luego, en forma de cruz, la santa mesa. Pensando en el nacimiento sobre la tierra de Aquel, Quien había nacido antes de todos los tiempos y siempre está presente en cualquier lugar, dondequiera, pronuncia en su interior: *en el sepulcro, con la carne; en el infierno, con el alma, como Dios; en el paraíso, junto con un bandido y en el trono fuiste Tu, Cristo, con el Padre y el Espíritu, y todo se hizo por Ti, Indescriptible.* Y sale del altar con el incensario en la mano para llenar con fragancia toda la iglesia y saludar a todos los reunidos para la Santa Cena de Amor. La incensación se hace siempre al comienzo de la celebración, igual que en la vida doméstica de todos los antiguos pueblos orientales, que a cualquier huésped a la entrada de sus casas le proponían abluciones y fragancias. Esa costumbre fue enteramente adoptada para el festín celestial, es decir, para La Cena que se llama Liturgia, en la que tan maravillosamente se unen el servicio a Dios y el convite amistoso de todos, según el ejemplo dado por el Salvador Mismo que había servido a todos y a todos había lavado los pies. Incensando e inclinándose igualmente ante todos - tanto ante los ricos como ante los pobres - el diácono, en calidad del servidor de Dios, saluda a todos ellos como a los más amados huéspedes del Dueño celestial; al mismo tiempo inciensa y se inclina ante las imágenes de los santos, porque ellos también son huéspedes que vinieron a La Cena, pues en Cristo todos son vivos e inseparables. Habiendo preparado y llenado de fragancia el templo, vuelve nuevamente al altar y lo inciensa otra vez, después pone a un lado el incensario, se acerca al hierofante y ambos se paran ante el santo trono.

De haberse parado ante el santo trono, el sacerdote y el diácono hacen tres inclinaciones profundas y preparándose para comenzar la auténtica celebración de la Liturgia, invocan al Espíritu Santo, porque todo su servicio tiene que ser espiritual. El Espíritu es el maestro y preceptor de la oración: *no sabemos cómo pedir para orar como conviene*, dice el apóstol Pablo, *mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables* (Rom 8: 26). Implorando al Espíritu Santo, que se instale en ellos y les purifique para el servicio, el sacerdote y el diácono dos veces pronuncian el cantar de los ángeles aclamando el Nacimiento de Jesucristo: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres* (Lc 2: 14) Y en pos de este cantar se abre el telón de la iglesia, el que se abre solamente cuando se hace necesario elevar el pensamiento de los orantes hacia los objetos altos. Aquí el abrir mismo las puertas celestiales tras la canción de los ángeles señala que el Nacimiento de Cristo no fue revelado a todos, que supieron de él sólo los ángeles en los cielos, María con José, los reyes magos que vinieron a adorarlo y los profetas que lo habían divisado desde lejos. El sacerdote y el diácono pronuncian mentalmente: *abre, Señor, mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.* (Sal 50: 17) El sacerdote besa el Evangelio, el diácono besa la santa ofrenda y habiendo inclinado un poco su cabeza así hace recordar el comienzo de la Liturgia: con sus tres dedos levanta su estola y pronuncia: *Es la hora de servir al Señor: ¡bendice, señor!* Y el sacerdote lo bendice diciendo: *Bendito es nuestro Dios ahora y siempre y por los siglos de los siglos.* Y el diácono pensando en su próximo servicio en que debe representar

5. Ver La Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo:

<http://books.google.com.ar/books?id=mqZpCZLQrw4C&pg=PA10&lpg=PA10&dq=liturgia+de+juan+crisostomo&source=bl&ots=Ok2O7cblg5&sig=hKPCDLBob4YjRAvBc72ZzeGWsso&hl=es&sa=X&ei=pzdWVJT4FMaaNoXSgrAC&ved=0CDoQ6AEwBQ#v=onepage&q=liturgia%20de%20juan%20crisostomo&f=false>



el vuelo de ángel - desde la mesa del altar hacía el pueblo y desde el pueblo hacía la mesa del altar uniendo a todos en una sola alma, y ser, por decirlo así, una santa fuerza excitante, - siente al mismo tiempo que desmerece tal servicio e implora con resignación al hierofante: **¡Reza por mí, señor!** - **¡Que el Señor corrija tus pasos!**- le contesta el hierofante. (El diacono:) **¡Acuérdate de mí, santo señor!** - (el sacerdote:) **Que el Señor Dios se acuerde de ti en Su Reino en todo tiempo, ahora y siempre por los siglos de los siglos.** En voz baja y alentada el diácono pronuncia: **amen**, y por la puerta septentrional sale del altar hacía el pueblo. Después de subir al ambón que se encuentra frente a las puertas reales, una vez más repite mentalmente: **abre, Señor, mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.** (Ps 50: 17); y volviéndose hacía el altar, invoca una vez más al hierofante: **¡Bendíceme, señor!** Desde el fondo del santuario el hierofante le contesta: **Bendito es el Reino...** - y la Liturgia empieza.

### **Liturgia de los catecúmenos**

La segunda parte de la Liturgia se denomina Liturgia de los catecúmenos. Ya que la primera parte, la Proskomidia, correspondía a la vida inicial de Jesucristo, a Su Nacimiento revelado sólo a los ángeles y a muy poca gente; a Su niñez que hasta Su manifestación en el mundo permanecía desconocida, la segunda parte corresponde a Su vida en el mundo entre los hombres a quienes Él anunció la palabra de la verdad. Se denomina Liturgia de los catecúmenos, también porque en los tiempos iniciales de los cristianos en la misma podían participar también aquellos, quienes todavía se preparaban para ser cristianos: aún no recibieron el bautismo y permanecían entre catecúmenos. Además el modo mismo de las ceremonias litúrgicas que consistían en lecturas de los profetas, de los apóstoles y del Santo Evangelio, ya es principalmente promulgador.

El hierofante empieza la Liturgia proclamando desde el fondo del altar: **Bendito es el Reino del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...** Como el misterio de la Trinidad se hizo evidente para el mundo a través de la encarnación del Hijo, por eso mismo al comienzo de cualquier procedimiento anticipa y preresplandece<sup>6</sup> la triple proclamación, y el orante habiendo renunciado todo, debe desde la primera vez imaginarse a sí mismo en el Reino de la Trinidad.

Parado en el ambón frente a las puertas reales y representando al ángel que promueve a los hombres a rezar, el diácono levanta con los tres dedos de su diestra la banda estrecha que simboliza el ala del ángel e invoca a toda la asamblea de los orantes a rezar con las mismas oraciones, con las cuales la Iglesia reza invariablemente desde los tiempos de los apóstoles, comenzando de la oración por la paz sin la cual no se puede rezar. La asamblea de los orantes persignándose y esforzándose por convertir sus corazones en las cuerdas del órgano armoniosamente afinadas, las que tiene que golpear cualquier invocación del diácono, mentalmente exclama a la vez con el coro de los cantantes: **¡Señor, ten piedad!**

Estando en el ambón y sosteniendo la estola oracional, como el ala levantada del ángel que promueve a los hombres a rezar, el diacono invoca a rezar por el mundo supremo y por la salvación de nuestras almas, por la paz de todo el mundo, por el bienestar de las Santas Iglesias de Dios y por la unión de todas; por el santo templo y por los que entran

---

6. Uno de los neologismos de Gogol

en el con la fe, veneración y el temor; por el rey, por el sínodo, por los superiores eclesiásticos y civiles, por las cámaras, por el ejercito, por la ciudad, por el convento donde se celebra la Liturgia, por la buena disolución de los aires, por la abundancia de los frutos de la tierra, por los tiempos de la paz; por los que navegan, por los que viajan, por los que están enfermos, por los que sufren, por los cautivados y por su salvación; por nuestra liberación de cualquier dolor, ira y pobreza. Y uniendo todo por esa cadena universal de oraciones, que se llama *la gran ectenia*, la asamblea de los orantes a cada su invocación exclama a la vez con el coro de los cantantes: **¡Señor, ten piedad!**

En señal de la impotencia de nuestras oraciones que carecen de pureza del alma y de vida celestial, el diácono, después de recordar a aquellos que sabían rezar mejor que nosotros, invoca a entregar a si mismo y los unos a los otros y toda nuestra vida a Cristo Dios. En el sincero deseo de entregar a si mismo, los unos a los otros y toda nuestra vida a Cristo Dios, como lo sabían hacer junto con la Madre de Dios los santos y los mejores de nosotros, toda la Iglesia acompañada con el coro angelical invoca: **¡A Ti, Señor!** El diácono concluye la cadena de oraciones con triples alabanzas que, como un hilo portador, traspasan por toda la Liturgia comenzando y concluyendo todos sus procedimientos. La asamblea de los orantes responde afirmando: **Amen: ¡Que sea!** El diácono baja del ambón. Comienza el canto de las antífonas.

(Canto de las antífonas)

Las antífonas son contravoces, cánticos elegidos de aquellos salmos que proféticamente describen la llegada al mundo del Hijo de Dios; se cantan alternativamente por ambos coros angelicales.<sup>7</sup> Las antífonas reemplazaron a los salmos de más larga duración.

Mientras dura el canto de la primera antífona el sacerdote reza en el altar con la oración interna y el diácono, habiendo levantado la estola con los tres dedos de su mano, permanece de pie en la posición oracional ante el icono del Salvador. Pero cuando el canto de la primera antífona se termina, él sube nuevamente al ambón para promover el rezo de los orantes con las siguientes palabras: **¡Otra vez y de nuevo recemos al Señor!** La asamblea de los orantes exclama: **¡Señor, ten piedad!** Dirigiendo la mirada de todos hacía las imágenes de los santos, el diácono invoca a acordar nuevamente a la Virgen, la Madre de Dios y a todos los santos, entregar a si mismo y los unos a los otros y toda su vida a Cristo Dios. La asamblea exclama: **¡A Ti, Señor!** Luego concluye con la triple alabanza. Toda la iglesia exclama **amen** afirmativo.

Después sigue el canto de la segunda antífona. A lo largo del canto de la segunda antífona el sacerdote reza en el altar con la oración interna. El diácono vuelve a tomar su posición oracional ante el icono del Salvador y sostiene la estola oracional con tres dedos de su mano; pero cuando el canto se termina, sube de nuevo al ambón y dirigiéndose a las imágenes de los santos, invoca como antes: **¡Recemos al Señor en paz!** La asamblea exclama: **¡Señor, ten piedad!** El diácono invoca: **Protégenos, ten piedad, sálvanos y consérvanos, Dios, con Tu bienaventuranza.** La asamblea exclama: **¡Señor, ten piedad!** Mirando a las imágenes de los santos, el diácono continua: **Habiendo recordado a la Santísima, Inmaculada, Bendita, Gloriosa Nuestra Señora**

---

7. Del lado derecho y del lado izquierdo

*Virgen, la Madre de Dios, entreguémonos a nosotros mismos, y los unos a los otros, y toda nuestra vida a Cristo Dios.* La asamblea exclama: *¡A Ti, Señor!* La oración se concluye con la triple alabanza; toda la iglesia responde con el *amen* afirmativo; y el diácono baja del ambón.

(Bienaventuranzas)

Mas el sacerdote estando en el altar cerrado continúa rezando interiormente con las siguientes palabras: *Tu, que nos has dado estas oraciones comunes y consentidoras! ¡Tu, que has prometido a dos o a tres reunidos en Tu nombre cumplir su petición! ¡Pues, cumple ahora para bien las peticiones de Tus siervos: danos ahora el conocimiento de Tu verdad y en el futuro concédenos la vida eterna!*

Los coros en alta voz proclaman las bienaventuranzas que para el siglo actual anunciaron el conocimiento de la verdad y para el siglo venidero, la vida eterna. La asamblea de los orantes implorando con las palabras del bandido cuerdo que había clamado a Cristo en la cruz: *Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a Tu Reino,* (Lc 23: 42) repita tras el lector las siguientes palabras del Salvador:

**Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos,** (Mt 5: 3-11) es decir, los que no son arrogantes y no son altivos.

**Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados,** es decir, los que lloran más por sus propias imperfecciones y pecados, que por los ultrajes y las ofensas que les infligen.

**Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra,** es decir, los que no se encolerizan contra nadie, los que perdonan todo, los que aman y cuya arma es la victoriosa mansedumbre.

**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados,** es decir, los que tienen hambre de la justicia celestial, que ansían reconstruirla sobre todo en sí mismos.

**Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia,** es decir, los que sienten compasión de cada hermano, los que en aquel que pide reconocen a Cristo Mismo pidiendo a través de él.

**Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios** – como en el espejo limpio de las aguas calmadas, que no se turban ni por la arena, ni por el limo, se refleja la pura bóveda celeste, así en el espejo del corazón puro, libre de las pasiones, ya no hay nada de los hombres y sólo se refleja en él la imagen Divina.

**Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios,** - semejante al Hijo Mismo de Dios que había bajado a la tierra para establecer la paz en nuestras almas, los que traen esta paz y la reconciliación a las casas, son verdaderos hijos de Dios.

**Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos,** es decir, los perseguidos (expulsados) por proclamar la justicia no sólo por su boca, sino también por el perfume de toda su vida.

**Bienaventurados seréis cuando por mi causa os maldijeren, os persiguieren y dijeren toda suerte de calumnias contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos,** - grande, porque su mérito es triple: primero porque ya por sí mismos eran inocentes y puros; después, porque siendo puros, fueron calumniados; y, por último, porque siendo calumniados, se alegraban que habían sufrido por Cristo.

La asamblea de los orantes en pos del lector repite con lágrimas esas palabras del Salvador, que anunciaron, quien puede esperar la Vida Eterna en el siglo venidero y

quienes son los verdaderos reyes del mundo, los coherederos y copartícipes del Reino Celestial.

(La entrada santa)

En este instante se abren solemnemente las puertas reales como si fueran las puertas del Reino Celestial, y ante los ojos de los reunidos en la iglesia se presenta el trono<sup>8</sup> resplandeciente como la morada de la gloria Divina y la escuela suprema, de donde vienen nuestros conocimientos de la justicia y de donde se proclama la Vida Eterna.

Al acercarse al trono el sacerdote y el diácono sacan del mismo el Evangelio y lo llevan hacia los fieles, pero no por las puertas reales, sino por la puerta lateral ubicada detrás del altar, la que recuerda la puerta de aquel cuarto lateral, de donde en los tiempos iniciales traían libros al centro del templo para leerlos.

La asamblea de los orantes mira al Evangelio que traen los humildes servidores de la Iglesia, como si fuera el Salvador Mismo que viene por primera vez para el sermón Divino: sale de la estrecha puerta septentrional, como no reconocido, y llega hasta el centro del templo para que, después de mostrarse a todos por un instante, regrese al santuario por las puertas reales.

Los servidores de Dios se paran en el centro del templo; ambos inclinan sus cabezas. El hierofante reza interiormente para que Aquel, Quién para el servicio a Su gloria estableció en los cielos los ejércitos angelicales y la jerarquía celestial, ordene ahora a todas estas fuerzas y a los ángeles celestiales que colaboran con nosotros, entrar junto con todos al santuario.

Y el diácono, enseñando con la estola oracional las puertas reales, dice al hierofante: **¡Bendice, señor, la entrada santa!**

- Y el hierofante le contesta: **¡Bendita sea la entrada de Tus santos, siempre, ahora, y por los siglos de los siglos!**

Después de haber dado al sacerdote el Santo Evangelio para que lo bese, el diácono lo lleva (el Evangelio) al altar; pero en las puertas reales se detiene y, levantándolo con sus manos, proclama: **¡Sabiduría!** –señalando así que la Palabra de Dios, Su Hijo, Su Eterna Sabiduría se han anunciados en el mundo por el Evangelio que él ahora levantó con sus manos. Después de esto invoca: **¡Estemos atentos!**, es decir, despiértense, sacúdanse la pereza, la inmovilidad negligente. La asamblea de los orantes, animándose, invoca junto con el coro: **¡ Venid, adoremos a Cristo y nos juntemos a El! ¡Salva nos, Hijo de Dios, a los que Te cantamos: Aleluya!** En el hebreo bajo la “*aleluya*” se entiende: *El Señor viene, alaban al Señor*. Pero ya que por la esencia de la lengua sagrada, sus palabras ocultan tanto la actualidad como el futuro, - es decir: viene Aquel que ya había venido y que vendrá de nuevo, - entonces la palabra “*aleluya*” marcando las eternas marchas de Dios acompaña cada vez aquellas ceremonias que se refieren al Señor Mismo bajando hacia el pueblo en la imagen del Evangelio o de las Santas Ofrendas.

El Evangelio que anunció la Palabra de la Vida, se instala sobre la mesa del altar. Desde los coros se oyen ora los cantos en honor de la festividad del día, ora los cánticos e himnos laudatorios en honor del santo, cuyo día se celebra, porque se asemejaron a aquellos, a quienes Cristo había mencionado en las bienaventuranzas leídas y a quienes había enseñado con el ejemplo vivo de su propia vida, cómo en pos de Él alcanzar la vida eterna.

---

8. La mesa del altar

Cuando terminan los cánticos, llega la hora de los cantos del Trisagio<sup>9</sup>

Después de pedir la bendición del hierofante para estos cantos, el diácono aparece en las puertas reales y por el movimiento de su estola da señal a los cantantes. Inmediatamente toda la iglesia se llena del solemne y fuerte canto del Trisagio, que consiste en triples invocaciones a Dios: **¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad!**

Por la invocación: **Santo Dios** el canto del Trisagio anuncia a Dios Padre; por la invocación: **Santo Fuerte** – a Dios Hijo, a Su fuerza, a Su Palabra creador; y por la invocación: **Santo Inmortal** – a Su mente inmortal, a la voluntad eternamente viva de Dios Espíritu Santo.

Los cantores tres veces levantan ese canto, para que se quede en los oídos de todos, que con la eterna existencia de Dios existe en Él la existencia eterna de la Trinidad y no hubo tiempo en que Dios no tuviese la Palabra o que en su Palabra disminuyese el Espíritu Santo. **Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos, por el aliento de su boca todos sus ejércitos,** (Sm 33: 6) dice el profeta David. Cada uno de los reunidos en la iglesia, reconociendo que también en él, como en la imagen de Dios se encuentra la misma triplicidad, - es decir, Él Mismo, Su Palabra y Su Espíritu, o la idea que dirige a la palabra; pero que a pesar de esto su palabra humana es impotente, se derrama ociosamente y nada crea, tampoco le pertenece su espíritu que depende de todas las impresiones extrañas, y sólo cuando él se eleva hacia Dios, entonces los ambos (su palabra y su espíritu) se ponen fuertes en él: en su palabra se refleja la Palabra de Dios, en su espíritu, el Espíritu de Dios, y la imagen de la Trinidad del Creador se graba en la creatura y la creatura llega a ser semejante al Creador, - reconociendo todo esto cada cual que escucha el canto del Trisagio, reza interiormente para que el Santo Dios, Fuerte e Inmortal habiéndolo purificado, lo elija como Su templo y Su residencia, y tres veces repite para su adentro: **¡ Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros!**

El sacerdote rezando interiormente en el altar para que el canto del Trisagio sea aceptado, tres veces cae de rodillas ante el trono y tres veces repite para sus adentros: **¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal!** Lo mismo hace el diácono, al repetir tres veces mentalmente el canto del Trisagio, junto con el sacerdote tres veces cae de rodillas ante el santo trono.

Después de esto el hierofante se dirige hacia las alturas<sup>10</sup> como si sumergiéndose a las profundidades del Conocimiento a Dios<sup>11</sup>, de donde emanó el misterio de la Santísima Trinidad, es decir, hacia aquel sitio supremo que contiene todo, donde el Hijo permanece en el seno del Padre unido con Él por el Espíritu Santo. Y por su ascensión el hierofante representa la ascensión de Cristo Mismo en carne al seno Paternal, la ascensión que invita al hombre a precipitarse en pos de Él al seno Paternal – que es el renacimiento previsto de lejos por el profeta Daniel que había observado en su elevada visión, cómo el Hijo del Hombre llegó incluso hasta el Anciano. El hierofante va con paso firme pronunciando a la vez: **Bendito él que viene en nombre del Señor.** (Mt 21: 9) A la invocación del diácono: **Bendice, señor, el alto trono,** bendice respondiendo: **Bendito Eres en el trono de la gloria de Tu Reino, sentado sobre los querubines,**

---

9. Sanctus, latino

10. Están detrás de la mesa del altar, donde se encuentra la silla del prelado

11. Gogol usa un término - *Боговедение* que por su sentido se acerca a la Teología (Богословие), pero no es exactamente, ya que consiste de dos raíces: *Бог* y *ведение*, es decir, *Dios* y *el saber* significando *Conocimiento a Dios*.

***ahora y siempre y por los siglos de los siglos.*** Y se siente en los altos al lado del sentadero asignado para el prelado. Desde ahí como un apóstol de Dios y su procónsul, volviéndose frente al pueblo se prepara para escuchar la lectura de las epístolas pastorales, manifestando, con el hecho de estar sentado en las alturas, su igualdad con los apóstoles.

El lector con el “Apóstol”<sup>12</sup> en las manos pasa al centro del templo. Con la invocación: ***¡atendamos!*** el diacono reclama la atención de todos los presentes.

El sacerdote desde el fondo del altar envía al lector y a todos los presentes los deseos de paz. La asamblea de los orantes le responde con lo mismo. Pero porque el servicio del sacerdote debe ser espiritual, igual que el de los apóstoles que no hablaban con sus propias palabras, sino con las del Espíritu Santo Mismo, Quien movía sus labios, por eso la asamblea de los orantes en lugar de responder: ***que la paz sea contigo***, dice: ***que la paz sea con tu espíritu***. El diácono proclama: ***¡Sabiduría!*** Expresivamente, en voz alta, para que cada palabra sea escuchada por todos, el lector comienza a leer; la asamblea lo escucha con aplicación, con el corazón perceptivo, con el alma que busca, con la razón que pone a prueba el sentido interno de lo leído, porque la lectura del “Apóstol” es el escalón y la escalera hacia la mejor comprensión de la lectura evangélica. Cuando el lector termina su lectura, el hierofante desde el altar proclama: ***que la paz sea contigo***. El coro angelical responde: ***y con tu espíritu***. El diácono proclama: ***¡Sabiduría!*** El coro resuena: ***Aleluya***, anunciando así el acercamiento del Señor que viene a hablar con el pueblo a través del Evangelio.

Con el incensario en la mano el diácono sale al encuentro del Señor incensando el templo y recordando con esa incensación la purificación espiritual de nuestras almas, ya que a las palabras olorosas del Evangelio debemos escucharlas con las almas purificadas.

En el altar el sacerdote reza interiormente, para que la luz de la cordura Divina brille en nuestros corazones, para que se abran nuestros ojos mentales y comprendamos los sermones evangélicos. Preparándose para escuchar, los reunidos en el templo rezan interiormente por la misma luz en sus corazones.

Después de pedir la bendición del sacerdote y recibir su siguiente asesoramiento: ***Por las oraciones del santo apóstol loado y evangelista (se dice su nombre) que Dios te de el verbo para anunciar la buena nueva con mucha fuerza en fin de cumplimiento del Evangelio de Su Hijo amado y nuestro Señor Jesucristo***, el diacono sube al ambón, llevando el candil en señal de la luz todo iluminador de Cristo.

El sacerdote en el altar proclama: ***¡Sabiduría! ¡Estemos simples y atentos, oigamos el Santo Evangelio! ¡Que la paz esté con todos!*** El coro angelical responde: ***y con tu espíritu***. El diácono comienza la lectura.

Habiendo inclinado piadosamente las cabezas, como si escuchando a Cristo Mismo que habla desde el ambón, todos intentan recibir en sus corazones la semilla de la palabra Santa, que el Sembrador Celestial esparce por la boca de Su servidor, - pero no en corazones, a los que el Salvador compara con la tierra a lo largo del camino en la cual aunque caen las semillas, en el acto se desfalcán por las aves que vienen con los pensamientos malos; tampoco en los corazones, que Él asemeja al suelo pedregoso, sólo de arriba cubierto con la tierra, los que, aunque reciben la palabra de buena gana, no echan hondas raíces, porque no tienen fondo; y no en los corazones que Él asemeja a la tierra sin rozar, llena de espinas, donde la semilla aunque da gérmenes, se

---

12. Epístolas de los apóstoles

queda sin fruto, porque a la vez con los gérmenes crecen también las espinas, es decir las espinas de los trabajos y de las preocupaciones del siglo, las espinas de las tentaciones, de los innumerables encantos de la destructiva vida laica con sus falsos comodidades que sofocan los gérmenes apenas estos crecen; - sino en los corazones que Él asemeja a una buena tierra donde una semilla da cien o sesenta, o treinta veces más frutos, los que todo lo que recibieron en la iglesia, devuelven después en sus casas, en sus familias, en sus empleos, en sus trabajos, en sus descansos y diversiones, en las conversaciones con los hombres o en su solo cabo. En una palabra, cada fiel procura ser a la vez él que escucha y él que crea, a quién el Salvador promete asemejar al hombre sabio que no edifica su templo sobre la arena, sino lo hace sobre la piedra, de tal modo que si al salir de la iglesia lo hubieran inundado en el acto las lluvias, los ríos y los torbellinos de todos los desastres, su templo espiritual permanecería intacto, como una fortaleza construida sobre la piedra.

Cuando la lectura se termina, el sacerdote desde el altar proclama al diácono: ***Que la paz esté con tigo en tus anuncias.*** Levantando sus cabezas todos los presentes junto con el coro angelical exclaman con gratitud: ***¡Gloria a Ti, Dios nuestro! ¡Gloria a Ti!*** El sacerdote que se encuentra en las puertas reales, recibe del diácono el Evangelio y lo pone sobre el trono, como la Palabra que salió de Dios y volvió hacia Él nuevamente. El altar que representa las supremas aldeas en las alturas, desaparece de la vista - las puertas reales se cierran, se corre la puerta de las alturas, señalando que no hay otras puertas del Reino Celestial, excepto las que abrió Cristo y sólo por Él se puede entrar en el Reino: ***Yo soy la puerta.***

Aquí en los tiempos iniciales de la cristiandad habitualmente se pronunciaba la homilía: seguían las explicaciones e interpretaciones de los Evangelios leídos. Pero porque actualmente la mayoría de las veces la homilía se pronuncia sobre otros textos y por consiguiente no representa la explicación del Evangelio leído, por eso con el fin de no desbaratar el orden armonioso y la conexión lógica de la sagrada Liturgia, la homilía se traslada al final de la celebración.

(Ectenia )

Representando al ángel que incita a la gente a rezar, el diácono se dirige al ambón para inducir a los reunidos para que recen con más fuerza y con más aplicación. ***¡Digamos de toda nuestra alma y de todo nuestro pensamiento!*** – invoca levantando con sus tres dedos la estola oracional; y todos, habiendo despejado la oración de todos los otros pensamientos, exclaman: ***¡Señor, ten piedad!*** Acrecentando las oraciones por la triple solicitud de la piedad, el diácono de nuevo invoca a rezar por todos los hombres que llevan distintos títulos y ocupan distintos puestos, comenzando por los superiores, que afrontan más dificultades y obstáculos y más necesitan la ayuda de Dios. Cada uno de los presentes, sabiendo hasta que punto el bienestar de todos depende de cómo las autoridades superiores cumplen sus deberes, reza fuertemente que Dios hágalos entrar en razón y enseñe a cumplir con todo lo que exigen sus estados, y reza también que a cada uno le dé fuerzas para pasar honradamente su carrera terrenal. Todos rezan por eso con aplicación, pronunciando ya no una vez, sino tres veces: ***¡Señor, ten piedad!*** Toda la cadena de estas oraciones se llama ectenia acrecentada, o ectenia de oración asidua., y el sacerdote en el altar ante el trono reza con asiduamente, para que sean aceptadas las oraciones acrecentadas totales, y su misma oración se llama la oración del rezo asiduo.

Y si en aquel día hay alguna ofrenda para los difuntos, entonces después de la ectenia acrecentada se proclamará la ectenia para los difuntos. Manteniendo la estola con tres

dedos de la mano, el diácono invoca a la asamblea a rezar por el apaciguamiento de las almas de los siervos de Dios, llamando a todos por sus nombres, para que Dios perdone todos sus pecados intencionales o involuntarios e instale sus almas en aquel lugar, donde se apaciguan los justos. En este instante cada uno de los presentes se acuerda de todos sus fallecidos (íntimos de su corazón), y responde a cualquier proclamación del diácono pronunciando interiormente tres veces: **¡Señor, ten piedad!** y reza asiduamente tanto por los fallecidos suyos, como por todos los difuntos cristianos.

El diácono exclama: **¡ Pedimos a Cristo, Rey Inmortal y Dios nuestro la misericordia Divina, el Reino Celestial y la remisión de todos los pecados de ellos!** Los reunidos invocan junto con el coro: **¡Dales, Señor!** Mientras tanto el sacerdote reza en el altar a Aquel, Quien Pisoteó la muerte y Regaló la vida para que Él Mismo calme las almas de estos difuntos siervos, muertos en la casa de trueno, llevándolas a un lugar sosegado, de donde se han huido la enfermedad, la tristeza y el sufrimiento. Y pidiendo en su corazón el perdón de los pecados de todos ellos, proclama en voz alta: **Cristo, Dios nuestro, porque Eres la resurrección, y la vida, y el apaciguamiento de Tus difuntos siervos, Te glorificamos con Tu Padre Sin comienzo y Tu Espíritu Santísimo, Bendito y Vivificador ahora y siempre y por los siglos de los siglos.**

El coro angelical responde con el **amen** afirmativo. El diácono comienza a leer la ectenia de los catecúmenos.

Aunque ahora raras veces sucede que las personas no bautizadas se encuentren entre los catecúmenos, cada cual de los presentes, pensando, cuan lejos está él, - tanto por su fe como por sus hechos, - de los fieles que se hicieron dignos de asistir la Cena de Amor en los primeros tiempos de los cristianos; viendo que sólo se puede decir que, se había promulgado por Cristo, pero no Lo ha llevado a su vida, sólo escucha la razón de sus palabras, pero no las cumple, que su creencia es aún fría y no contiene el fuego del amor al hermano, - del amor que todo perdona y destruye la dureza del alma,- y que siendo bautizado en agua en el nombre de Cristo no ha alcanzado aquel renacimiento espiritual, sin el cual su cristianismo no significa nada, según las palabras del Salvador Mismo, Quién dijo: **quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios,**(Jn 3: 5) - comprendiendo todo esto, cada uno de los presentes afligidamente se pone a sí mismo entre los catecúmenos y en la invocación del diácono: **¡ Los catecúmenos, rezad al Señor!** – contesta de toda la profundidad de su corazón: **¡Señor, ten piedad!**

**¡Fieles,** - invoca el diacono, - **recemos por los catecúmenos, para que el Señor les perdone, que les promulgue la palabra de la verdad, que abra para ellos el Evangelio de la verdad, que les una con Su Santa Iglesia Apostólica Catedral, que les salve, perdone, proteja y conserve por Su bienaventuranza!**

Y los fieles, sintiendo lo poco que merecen ser llamados fieles y rezando por los catecúmenos, rezan por sí mismos y a todas las invocaciones particulares del diácono mentalmente exclaman en pos del coro angelical: **¡Señor, ten piedad!** El diácono invoca: **¡Catecúmenos, inclinad sus cabezas delante del Señor!** Todos inclinan sus cabezas, exclamando interiormente en sus corazones: **¡A Ti, Señor!**

El sacerdote reservadamente reza por los catecúmenos y por aquellos quienes a causa de la resignación de sus almas se encuentran entre los catecúmenos. Su oración es la siguiente: **¡Señor Dios nuestro, que vives en las alturas y miras a los resignados; que en la Persona de Su Hijo, Dios y el Señor nuestro Jesucristo has mandado la salvación al linaje de los seres humanos! ¡Mira a los siervos Tuyos, a los catecúmenos que han inclinado ante Ti sus cuellos! Comúlgalos a Tu Iglesia y añádelos a Tu rebaño elegido, para que también ellos junto con nosotros glorifiquen el honradísimo y magnífico nombre Tuyo, del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo ahora y siempre y por los siglos de los siglos.** El coro angelical resuena: **Amen!** Y para



recordar que ha llegado el momento cuando en los tiempos antiguos a los catecúmenos los hacían salir de la iglesia, el diácono proclama en alta voz: *¡Catecúmenos, salid!* E inmediatamente después de eso, elevando la voz, proclama por segunda vez: *¡Catecúmenos, salid!* Y luego por tercera vez: *¡Catecúmenos, salid! ¡Que nadie de los catecúmenos, sino sólo los fieles, otra vez y de nuevo recemos al Señor!*

Esas palabras hacen estremecerse a todos los que sienten que son indignos. Invocando mentalmente a Jesucristo que expulsó del templo de Dios a los vendedores y mercachifles sinvergüenzas que habían convertido Su santuario en un comercio, cada uno de los presentes intenta expulsar del templo de su alma al catecúmeno, que no está preparado para estar presente en el santuario, e invoca a Jesucristo para que le convierta a una persona fiel, añadida al rebaño elegido, del cual el Apóstol había dicho: *pueblo santo, hombres de renovación, piedra para la construcción del templo espiritual*, - es decir, añadida al número de los verdaderos fieles que presenciaban la Liturgia en los tiempos iniciales de la cristiandad y cuyos imágenes lo miran ahora desde el iconostasio. Y abarcando a todos ellos con su mirada, les pide socorro como a los hermanos que rezan ahora en los cielos, porque ya vienen las celebraciones más sagradas: comienza la Liturgia de los fieles.

### **Liturgia de los fieles**

Dentro del altar cerrado sobre la santa mesa que representa el trono del Señor, el sacerdote extiende el antimins - un trozo de tela con la imagen del Cuerpo del Salvador. Sobre él deben ponerse el Santo Pan y el Cáliz con el vino y agua, preparados durante la Proskomidia, los que ahora desde el altar lateral solemnemente se trasladarán allí ante la vista de todos los fieles. Al extender el antimins - que recuerda el tiempo, cuando los cristianos eran perseguidos, cuando la Iglesia aún no tenía una residencia constante y por no poder cada vez llevar consigo la mesa del altar, comenzó a usar ese trozo de tela con las partículas y desde aquel tiempo ese trozo se quedó en anuncio que tampoco hoy la iglesia se pega a algún edificio, o a alguna ciudad, o a algún lugar peculiar, pues está flotando, como una nave encima de las olas de este mundo, sin anclar, porque su ancla se encuentra en los cielos, - al extender ese antimins, el sacerdote se acerca al trono, como si hubiera acercándose a él por primera vez y como si sólo ahora estuviera preparándose a comenzar el verdadero servicio: porque en los tiempos iniciales de la cristiandad el trono - que hasta este instante permanecía cerrado y cubierto con las cortinas a causa de la presencia de los catecúmenos - se abría sólo ahora y sólo ahora comenzaban las verdaderas oraciones de los fieles. Permaneciendo todavía en el altar cerrado, el sacerdote se inclina ante el trono y con dos oraciones de los fieles reza por su propia purificación, para que no sea reprobada su presencia ante la credencia santa y para que le sea otorgado el honor de hacer sacrificios en el puro testimonio de su conciencia. En cambio el diácono, estando en el ambón en el centro de la iglesia y representando al ángel, instigador del rezo, mantiene la estola con sus tres dedos e invoca a todos los fieles a hacer las mismas oraciones con las que comenzaba la Liturgia de los catecúmenos.

Y así, intentando establecer en sus corazones el estado armonioso de la paz, ahora más imprescindible, todos los fieles invocan: *¡Señor, ten piedad!* - y rezan con más fuerza por la paz suprema y por la salvación de nuestras almas, por la paz de todo el mundo, por el bienestar y la unión de las Iglesias Divinas, por este santo templo y por todos los que entran en él con la fe, veneración y el temor de Dios, para que se liberen de todos

los dolores, de la ira y de la pobreza. E invocan en sus corazones aun con más fuerza: **¡Señor, ten piedad!**

El hierofante proclama desde el fondo del altar: **Sabiduría**, manifestando así, que la Misma Sabiduría, el Mismo Hijo Eterno bajado en forma del Evangelio para sembrar la Palabra que enseña a vivir, ahora se trasladará en la forma del Pan Santo para ser sacrificado por todo el mundo. Animados con este recordatorio, los fieles se concentran mentalmente y se preparan para las próximas más sagradas ceremonias y celebraciones.

El hierofante, al arrodillarse ante el trono, reza reservadamente con la siguiente elevada oración: **Nadie de los que se ligaron a los deseos sensuales y a los placeres son dignos de dirigirse a Ti, acercarse a Ti o servirte, Dios de la Gloria, porque el servicio a Ti es enorme y horroroso incluso para las fuerzas celestiales. Pero ya que por Tu inmensa filantropía invariablemente e irrevocablemente fuiste un hombre, Tu Mismo fuiste diocesano y Tu Mismo nos diste la ceremonia sagrada de esta ofrenda sin derramamiento de sangre, como Soberano de todos - pues eres el Único, Dios, imperas sobre los celestiales y sobre los terrenales - llevado sobre el trono por los querubines, el Señor de los serafines y el Rey de Israel, sólo Tu eres Santo y estas entre los Santos, por eso Te lo suplico, al Único Bendito, mira a mi, a Tu siervo pecador e inútil, purifica mi alma y mi corazón de la conciencia astuta y confíéreme, al investido de la bienaventuranza del sacerdocio, confíéreme por la fuerza de Tu Espíritu Santo a parecer ante Tu Santa Ofrenda y celebrar Tu Cuerpo Santo y Purísimo y Tu Sangre venerado! Me acerco a Ti con el cuello inclinado y Te ruego que no alejes de mi Tu rostro, tampoco me repeles de Tus servidores donceles; pero otórgame, aunque lo desmerezco, que por mi se traigan a Ti Tus Sacramentos, ya que Tu eres Él que trae, y Él que se sacrifica, y Él que recibe, y Él que se distribuye, Cristo Dios nuestro, a Ti Te glorificamos con Tu padre que no tiene inicio y con Tu Espíritu Santísimo, Bendito y vivificador ahora y siempre y por los siglos de los siglos.**

A la mitad de esa oración se abren las puertas reales de tal modo, que se ve el hierofante aún rezando con los brazos extendidos. El diácono con el incensario en la mano viene a preparar el camino para el Rey de todos y con el levantar nubes de fragancia, entre los cuales se trasladará Aquel, a Quién llevan los querubines, hace recordar a todos que sus oraciones tienen que ser como un incensario ante el Señor; que todos, siendo, según el apóstol, la fragancia de Cristo, deben recordar que para llevar al Señor tienen que ser querubines puros. Mientras tanto los ambos coros angelicales comienzan a cantar del nombre de toda la iglesia la siguiente cantar de querubines: **Nosotros que misteriosamente representamos a los querubines y cantamos el cantar del Trisagio a la Trinidad Vivificador, apartemos ahora de cualquier preocupación y levantemos al Rey de todos, a Quién invisiblemente llevan en la lanza las jerarquías angelicales.**

Había entre los antiguos romanos una costumbre: llevar al emperador recién elegido a la vista del pueblo encima del escudo sombreado con la multitud de lanzas inclinadas sobre él y escoltado por las legiones del ejército. Este cantar de querubines compuso el emperador mismo, quién se redujo a polvo con toda su grandeza terrenal ante la imponentia del Rey de todos, a Quien los querubines y las legiones de las fuerzas celestiales llevaban sobre la lanza: en los tiempos iniciales, cuando se sacaba el Pan Santo, los emperadores mismos humildemente se ponían en filas de los servidores. La ejecución de este cantar imita aquel canto angelical, que cantaban en las alturas las fuerzas invisibles.

(La Gran Salida)

El hierofante y el diácono, repitiendo interiormente el mismo Cantar de Querubines, se acercan al altar lateral, donde se había efectuado la Proskomidia. Al acercarse a las Ofrendas cubiertas con el aire, el diácono dice: ***¡Toma, señor!*** El hierofante saca el aire, y lo pone sobre el hombro derecho del diácono, diciendo: ***Levantad vuestras manos hacia el Santísimo y bendecid al Señor.*** Después toma el disco con el Cordero y lo pone sobre la cabeza del diácono; mientras que él mismo tomando el Cáliz Santo, va tras los que llevan el candil y sale por la puerta lateral o septentrional hacia el pueblo. Pero si la celebración se hace por el concilio, en la presencia de la gran cantidad de sacerdotes y diáconos, entonces uno de los participantes lleva el disco; el otro, el Cáliz; el tercero, la cucharada santa con la que se comulgan; el cuarto, la lanza que perforó el Santo Cuerpo. Se sacan todas las pertenencias, hasta la esponja con la que se recogían los granos del Pan Santo sobre el disco y la que representa aquella esponja empapada en vinagre y hiel, con la que los hombres dieron de beber a su Creador. Esta solemne procesión que avanza al son del cantar de Querubines imitando las fuerzas celestiales, se llama la Gran Salida.

Al ver al Rey de todos, - llevado en la apariencia humilde del Cordero que yace sobre el disco igual que sobre el escudo rodeado con los instrumentos de los sufrimientos terrenales, como si fueran lanzas de los innumerables e invisibles ejércitos y supremacías, - todos inclinan sus cabezas y rezan, repitiendo las palabras del bandido que le vociferó a Jesús desde la cruz: ***Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a Tu Reino.*** (Lc 23: 42) En el centro del templo toda la procesión se detiene. El sacerdote aprovecha este gran momento para recordar ante el Señor - y en la presencia de los que llevan las Ofrendas - los nombres de todos los cristianos, comenzando de aquellos a quienes han tocado los deberes más difíciles y sagrados, del cumplimiento de los cuales depende tanto la felicidad del pueblo entero como la salvación de sus propias almas. Y así concluye sus palabras: ***¡Que os acuerde el Señor en Su Reino de vosotros y de todos los cristianos ortodoxos siempre y ahora y eternamente y por los siglos de los siglos.*** Los cantores terminan el cantar de Querubines con el triple canto: ***¡Aleluya!*** que anuncia la eterna marcha del Señor.

La procesión pasa por las puertas reales. El diácono que entró en el altar primero, se detiene al lado derecho de las puertas y recibe al sacerdote con las palabras: ***¡Que te acuerde el Señor Dios en Su Reino de tu sacerdocio!***

El sacerdote le responde: ***¡Que te acuerde el Señor Dios de tu santo diaconato en Su Reino siempre, ahora, y eternamente, y por los siglos de los siglos!*** - y pone el Santo Cáliz y el Pan que representa el Cuerpo de Cristo, sobre el trono como si fuera poniéndolo en el féretro. Las puertas reales se cierran imitando las puertas del féretro del Señor; la cortina por encima de ellos se corre como la custodia montando la guardia.

El hierofante recoge de la cabeza del diácono el santo disco, como si fuera recogiendo el Cuerpo del Salvador de la cruz, y lo pone sobre el antimins extendido, como sobre el sudario. Y sus acciones acompaña con las palabras: ***El venerable José, recogió Tu Purísimo Cuerpo de la madera, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo y lo cerró.*** (Mt 27: 59-60) Y recordando la omnipresencia de Aquel Quien ahora yace ante él en el sepulcro, dice para su adentro: ***Con el cuerpo en el sepulcro, con el alma en el infierno como Dios, en el paraíso con el bandido y en el trono con el Padre y el Espíritu, Cristo, todo se hizo por Ti, ¡indescribable!*** Y recordando la gloria que cubrió este sepulcro, dice: ***Tu sepulcro, Cristo, la fuente de toda resurrección, se presentó ante nosotros como el portador de la vida, en verdad, más hermoso que el paraíso y más radiante que cualquier palacio real.*** Y después recoge el manto del disco y del Cáliz y el aire del hombro del diácono -, que ya no

representa los pañales, en los cuales fue envuelto el Niño Jesús, sino el sudario y los fajos sepulcrales que cubrieron Su Cuerpo muerto, - los inciensa y nuevamente cubre con ellos el disco y el Cáliz, pronunciando al mismo tiempo: ***El venerable José, recogiendo de la madera Tu Purísimo Cuerpo y envolviéndolo en una sábana nueva, limpia y perfumada, te puso en un sepulcro nuevo y lo cerró.*** Después de haber recogido de las manos del diácono el incensario, inclinándose tres veces sobre las Santas Ofrendas, las inciensa. Y preparándose para el próximo sacrificio, repite interiormente las palabras de David, el profeta: ***Obra, Señor, benignamente, haz con Sión de Tu bondad alarde, y de Jerusalén edifica de nuevo las murallas, entonces aceptarás los puros sacrificios, ofrendas y holocaustos, entonces ofrecerán sobre Tu altar novillos (50/51, 20-21):*** pues hasta que Dios Mismo no erija las murallas de Jerusalén y no proteja con ellas nuestras almas de cualquier invasión carnal, no tendremos fuerzas para hacerle sacrificios y holocaustos, tampoco ascenderá la llama de la oración espiritual siendo dispersada por los pensamientos forasteros, por la incursión de las pasiones y por la nevasca de la rebelión de alma.

Rezando por su propia purificación ante el próximo sacrificio, el hierofante devuelve el incensario al diácono, y al bajar la casulla (felonión) e inclinar la cabeza, dice al diácono: ***¡Acuérdame, hermano y compañero del servicio! - ¡Que se acuerde el Señor Dios de tu sacerdocio en Su Reino!*** - contesta el diácono y a su vez reconociendo que él tampoco merece asistir al sacrificio, inclina su cabeza y, manteniendo la estola en la mano, dice al sacerdote: ***¡Reza por mí, santo señor!*** El sacerdote le contesta: ***Se apoderará de ti el Espíritu Santo y te alumbrará la fuerza del Altísimo. - Que el mismo Espíritu nos ayude durante todos los días de nuestra vida.*** Y con plena conciencia de su desmerecimiento, el diácono agrega: ***¡Acuérdame, santo señor!*** Y el sacerdote responde: ***Que te acuerde el Señor Dios en Su Reino siempre, ahora, y eternamente, y por los siglos de los siglos.***

El diácono habiendo pronunciado: ***¡amen!*** y habiendo besado la mano del sacerdote, se va por la puerta lateral septentrional para llamar a los fieles a orar por las Santas Ofrendas ya trasladadas y puestas sobre el trono.

Habiendo subido al ambón frente a las puertas reales y habiendo levantado la estola con tres dedos de la mano como si fuera el ala levantada del ángel que incita a rezar, el diácono eleva una cadena de oraciones, ya no parecidas a las anteriores. Estas aunque comienzan con la incitación a orar por las Santas Ofrendas trasladadas al trono, pronto pasan a ser peticiones que sólo se elevan al Señor por los fieles que viven en Cristo.

- ***Pedimos al Señor que el día sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado,*** - invoca el diácono.

La asamblea de los fieles junto con el coro de los cantantes invoca de todo corazón: ***¡Danos, Señor!***

- ***Pedimos al Señor a un ángel pacífico, un fiel preceptor y guardián de nuestras almas y nuestros cuerpos.***

La asamblea: ***¡Danos, Señor!***

- ***Pedimos al Señor el perdón y la remisión de nuestros pecados y faltas.***

La asamblea: ***¡Danos, Señor!***

- ***Pedimos al Señor lo bueno y lo útil para nuestras almas y la paz para el mundo, pedimos al Señor.***

La asamblea: ***¡Danos, Señor!***

- ***Pedimos al Señor terminar en la paz y la confesión el tiempo restante de nuestra vida terrenal.***

La asamblea: ***¡Danos, Señor!***

**- Pedimos un final cristiano de nuestra vida, indoloro, decente y pacifico, también la buena respuesta en el Juicio Temerario de Cristo.**

La asamblea: **¡Danos, Señor!**

**- Recordando de nuestra Señora la Santísima Virgen, Madre de Dios, Inmaculada, Bendita, Gloriosa, junto con todos los santos, entreguémonos a sí mismo, y los unos a los otros, y toda nuestra vida a Dios Cristo.**

Y en un verdadero deseo de entregar a si mismo y los unos a los otros a Cristo Dios, todos exclaman **! A Ti, Señor!**

La Ectenia se concluye con la proclamación: **Por las generosidades de Tu Hijo Unigénito, por El Mismo eres bendito junto con el Santísimo, Almo y Vivificador Tu Espíritu ahora y siempre y por los siglos de los siglos.**

El coro angelical trona: **Amen.**

El altar todavía permanece cerrado. El sacerdote aun no comienza el sacrificio: todavía faltan muchas cosas que deben preceder a La Cena. Desde el fondo del altar el sacerdote a todos manda el saludo del Salvador: **¡Que la paz esté con todos!** Le responden: **Y con tu espíritu.** Estando en el ambón, el diácono, como solía acontecer entre los primeros cristianos, dice invocando a todos que amen recíprocamente: **Amemos los unos a los otros, y profesemos unánime...** Al final de la confesión se incorpora el coro: **al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, a la Trinidad hipostática e Indivisa,** anunciando que sin amar los unos a los otros no se puede amar a Aquel Quién es enteramente el amor pleno, perfecto, amor que incluye en Su Trinidad a Quién ama, y al Amado, y la acción misma del amar, con la cual él que ama, ama al amado: él que ama es Dios Padre, el amado es el Dios Hijo, y el mismo amor que les une es el Dios sEspíritu Santo. Tres veces el sacerdote se inclina sobre el altar, pronunciando para su adentro ocultamente: **Te amaré, Señor, mi fortaleza. Oh, Señor, mi ciudadela, mi refugio,** y besa el santo disco y el Santo Cáliz cubiertos de los mantos, besa el extremo de la santa mesa y, sean cuanto sean los sacerdotes que le asisten, cada uno hace lo mismo y después todos se besan el uno a otro. El sacerdote principal dice: **Cristo está entre nosotros.** Le contestan: **Y está, y estará.** También los diáconos, sean cuanto sean, cada uno besa primero su estola en el lugar, donde se encuentra la imagen de la cruz, después todos ellos se besan los unos a los otros, pronunciando las mismas palabras.

Antes todos los que estaban en la iglesia también se besaban los unos a los otros – los hombres a los hombres, las mujeres a las mujeres, pronunciando a la vez: **Cristo está entre nosotros,** y contestando en el acto: **Y está, y estará.** Por eso también ahora cada uno de los fieles, uniendo mentalmente a todos los cristianos - no solamente a los que están en el templo, sino también a los ausentes; no solamente a los íntimos de su corazón, sino también a los ajenos de él, apurándose a reconciliarse con los mismos, contra quienes sentían algún desamor, odio, disgusto, - a todos ellos dan un beso imaginario diciendo mentalmente: **Cristo está entre nosotros** - y contestando por ellos: **Y está, y estará,** - porque sin hacerlo estarían muertos para todas las siguientes ceremonias, según la palabra del Cristo Mismo: **Deja tu ofrenda y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después vuelve a presentar tu ofrenda a Dios,** (Mt 5: 24) y en otro lugar: **Si alguno dice: Yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a un hermano, a quien ve, a Dios, a quien no ve, ¿cómo podrá amarle?** (1 Jn 4: 1)

(El Símbolo de la Fe)

Estando en el ambón frente a todos los reunidos en la iglesia y manteniendo la estola con los tres dedos, el diácono pronuncia la antigua proclamación: ***¡Las puertas! ¡Las puertas!***, que en los tiempos remotos se dirigía a los porteros que permanecían de pie junto a las puertas de la entrada para que nadie de los paganos que tenían costumbre interrumpir las celebraciones cristianas, irrumpa insolentemente y sacrílegamente en la iglesia, y la que ahora se dirige a los fieles, para que cuiden las puertas de sus corazones, donde ya se ha establecido el amor, a fin de que no irrumpa en ellos el enemigo del amor, y al mismo tiempo para que abren las puertas de la boca y de las orejas a la escucha del Símbolo de la Fe, en cuya conmemoración descorre la cortina por arriba de las puertas reales, o las puertas de las alturas, que se abren sólo cuando se debe concentrar la atención mental sobre los misterios supremos. El diácono invoca la atención con las palabras: ***¡Escuchemos con sabiduría!*** Los cantantes con un canto firme y viril que más parece a la recitación, leen expresivamente y en voz alta: ***Creo en Un solo Dios, en el Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra y de todo lo visible e invisible.*** Y después de mantener reposo por un instante, con el fin de que en las mentes de todos se destaque la primera persona de la Santísima Trinidad, es decir, Dios Padre, continúan elevando la voz: ***Y en Un sólo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido de Dios Padre antes de todos los tiempos. Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, El mismo de la naturaleza del Padre, por quien han sido hechas todas las cosas, que por nosotros, los hombres y por nuestra salvación, descendiendo del cielo se encarnó, se hizo hombre, nació de la Santa Virgen Maria y del Espíritu Santo. Que padeció, fue crucificado por nosotros en la gobernación de Poncio Pilatos y sepultado. Y resucitó al tercer día como testifican las Escrituras. Subió al cielo y se sentó a la derecha del Padre. Vendrá con la gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y Su Reino no tendrá fin. Creo también en el Espíritu Santo que es el Señor Vivificador que desciende del Padre, quien habló por la boca de los profetas, a quien junto con el Padre y el Hijo adoramos y glorificamos.*** Y al mantener por un instante el reposo, para que en las mentes de todos se destaque la tercera persona de la Santísima Trinidad, es decir, Dios Espíritu Santo, continúan: ***Creo también en una sola Iglesia Santa, Catedral (o Conciliar) y Apostólica. Confieso que hay un solo Bautismo para remisión de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida del siglo venidero. Amén.***

Con el canto firme y viril los cantores enarbolan en los corazones todas las palabras de esta confesión. Y tras ellos las repite firmemente cada uno de los fieles.

(La Cena)

Armando su corazón y espíritu de valor, el hierofante ante el trono que ha de representar el Santo Refectorio, repite interiormente este Símbolo de la Fe, y lo mismo hacen todos sus asistentes agitando el santo aire sobre los Santos Sacramentos.

El diacono desciende con paso firme e invoca: ***Pongámonos bondadosos, atendamos con temor: en el mundo se hace santo sacrificio,*** es decir, nos pongamos ante Dios, como es decente para el hombre: temblando, con el temor y a la vez con la osadía valiente del espíritu alabando a Dios, con la paz armoniosa reestablecida en los corazones, sin la cual es imposible ascender a Dios. Y en respuesta a la invocación toda la iglesia, ofrendando la alabanza verbal y los corazones ablandados, repite en pos del coro de los cantantes: ***La benevolencia de la paz, la ofrenda de la alabanza.*** En la Iglesia primordial en este instante solían traer el óleo, señalando así todo tipo de ablandamiento. En la lengua griega el óleo y la gracia son equivalentes.

Mientras tanto el sacerdote en el altar quita el aire de los Santos Sacramentos, lo besa y lo aparta, pronunciando: **La bienaventuranza del Señor...** Y el diácono habiendo subido al altar y tomado en las manos el abanico, o el ripidio, piadosamente abanica con él las Ofrendas.

Pasando a la celebración de La Cena el hierofante desde el altar manda la buena nueva al pueblo: **¡Que sean con todos ustedes la bienaventuranza de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Santo Espíritu!** Y todos le responden: **¡y con tu espíritu!**

El altar que antes representaba la guarida, ahora ya es el aposento, donde se había preparado La Cena. El trono que representaba el sepulcro, ahora ya es refectorio. Recordando que el Salvador antes de alimentar a los discípulos con el alimento Divino, había elevado sus ojos a lo alto, el sacerdote proclama: **¡Elevemos nuestros corazones!** Y cada uno de los fieles que están en el templo piensa en lo que tiene que ocurrir - en lo que en este mismo instante el Cordero Divino se sacrifica por él, en lo que la Sangre Divina del Señor se vierte en el Cáliz para su purificación y en lo que todas las fuerzas celestiales uniéndose con el hierofante rezan justamente por él. - Pensando así y convergiendo su corazón desde la tierra hacia el Cielo, desde la oscuridad hacia la luz, cada uno exclama en pos de todos: **Ya nuestros corazones están con el Señor.**

Recordando al Salvador agradeciendo, el sacerdote, después de haber elevado los ojos a lo alto proclama: **Agradecemos al Señor.** El coro contesta: **Es digno y es justo adorar al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo – a la Trinidad Hipostática e Indivisa.** Mientras tanto el sacerdote reza secretamente: **Digno es y justo celebrarte, bendecirte, alabarte, agradecerte, adorarte en cualquier lugar de Tu dominio, pues Tu eres Dios indescriptible, inescrutable, invisible, incomprensible, que existe eternamente, así eres Tu, y Tu Hijo Primogénito, y Tu Espíritu Santo. Nos has traído de la inexistencia a la existencia, fuimos un ramo caído y nos restableciste de nuevo y no retrocediste, haciendo todo, hasta elevarnos al Cielo y regalarnos Tu Reino venidero. Por todo esto Te agradecemos a Ti, y a Tu Hijo Primogénito, y a Tu Espíritu Santo, por todos los bienes conocidos y desconocidos, manifestados y ocultos, hechos para nosotros. Te agradecemos también por este servicio que tuviste la bondad de aceptar de nuestras manos, a pesar de que tienes en Tu alrededor miles arcángeles y ángeles sinnúmero, querubines y serafines de seis alas, alados de muchos ojos, que se elevan cantando el cantar triunfal, voceando, invocando y alabando: ¡Santo, Santo eres, Señor Sebaot, repleta está toda la tierra de Tu gloria!**

Este victorioso cantar de Serafines, que los profetas habían escuchado en sus santas visiones, corean ambos coros, elevando los pensamientos de los orantes hacia los cielos invisibles, haciéndoles repetir junto con los serafines: **¡Santo, Santo eres, Señor Sebaot,** y circunvolando con ellos alrededor del trono de la gloria Divina. Y porque en estos instantes toda la iglesia espera el descenso de Dios Mismo que viene a sacrificarse por todos, con el cantar de Serafines, que suena en los cielos, se une el canto de los adolescentes judíos - con el cual ellos recibieron al Señor en su entrada a Jerusalén tendiendo ramas por todo el camino: **Hosanna en las alturas, bendito sea el que viene en nombre del Señor, hosanna en las alturas** (Lc 19: 38) - , pues el Señor se prepara a entrar en el templo, como en Jerusalén misterioso. El diácono sigue abanicando los Santos Sacramentos, para que los insectos no caigan en ellos, con su abaleo representando al mismo tiempo el movimiento de la bienaventuranza. En cuanto al sacerdote, él continua rezando secretamente: **Junto con esas fuerzas bienaventuradas, Soberano Filántropo, voceamos también nosotros diciendo: Santo eres y Santísimo Tu y Tu Hijo Primogénito y Tu Espíritu Santo. Santo eres y**

*Santísimo, y Tu gloria es magnífica, pues amaste tanto el mundo creado por Ti, que entregaste por el a Tu Hijo Primogénito, para que todos los que crean en Él no muriesen, sino tuviesen la vida eterna, a Él, quién al llegar y cumplir todo previsto para nosotros, en la noche en la que fue traicionado o, mejor dicho, en la que Él mismo se entregó por la vida del mundo, en la que al tomar el pan en Sus manos santas, purísimas, inmaculadas y al bendecirlo, consagrarlo, partirlo y entregarlo a sus santos alumnos y apóstoles, dijo...* Y el hierofante en voz alta proclama las palabras del Salvador: **Tomad y comed: éste es mi cuerpo que se entrega para remisión de los pecados.** (Mt 26: 26) Y toda la iglesia en pos del coro proclama: **amen.**

Mientras tanto el diácono con la estola en las manos indica al sacerdote el santo disco, donde se encuentra el Pan. El sacerdote sigue diciendo secretamente: **También tomó en La Cena el Cáliz, diciendo...** - y cuando el diácono indica el Cáliz, proclama en voz alta: **Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por ustedes y por muchos para remisión de los pecados.** (Mt 26: 27-28) Toda la iglesia en alta voz proclama: **amen.**

El sacerdote sigue rezando secretamente: **Así, evocando este mandamiento salvador y todo lo sucedido por nosotros: la cruz, el sepulcro, la Resurrección al tercer día, la ascensión a los cielos, el sentar a la diestra, el segundo y glorioso advenimiento...** - Al pronunciar todo esto mentalmente, proclama en voz alta: **Te traemos lo Tuyo de los Tuyos por los todos y por el todo.** Al poner a un lado el ripidio, el diácono levanta un poco el santo disco y el santo Cáliz – el altar ya no es el aposento de La Cena, la mesa ya no es el refectorio; ahora es el altar donde se sacrifica por todo el mundo una terrible ofrenda, es Gólgota, donde se degolló la ofrenda Divina. Este es el instante del sacrificio, pero también es el recordatorio que todos debemos hacer sacrificios para el Creador. Adoramos también a las autoridades terrenales; los respetamos; obedecemos también a los hombres, pero el sacrificio lo hacemos sólo para el Creador. El sacrificio no se cesó desde el comienzo de la creación del mundo y, sea cual sea la forma en la que se hacía, lo que siempre se exigió no fue la ofrenda misma, sino el espíritu anonadado con el cual se hacía el sacrificio. Por eso cada uno que lo asiste, recuerda, que en este instante el sacerdote, habiendo despreciado todo lo mundano, deja de pensar en lo terrenal, igual que Abraham, que después de haber dejado abajo a su esposa, a su siervo y a su asno, subió a la montaña para hacer el sacrificio, llevando consigo sólo las leñas de la amarga confesión de sus pecados, los cuales quemó en el fuego del arrepentimiento del alma, con el fuego y la espada del espíritu degollando en sí mismo cualquier deseo de las conquistas terrenales y del bien terrenal. Pero ¿qué son ante Dios todos nuestros sacrificios?, cuando Él proclama por la boca del profeta: **Somos como impuros todos nosotros, como paño inmundo todas nuestras obras justas.** (Is 64: 5) Plenamente consiente, que nada hay en la tierra que sea digno de ser sacrificado a Dios, cada uno de los fieles se dirige mentalmente al mismo Cáliz que el servidor levanta en el altar, y exclama en el fondo de su corazón: **Trayéndote lo Tuyo de los Tuyos por los todos y por el todo.** El coro canta: **¡A Ti Te cantamos, a Ti Te bendecimos, a Ti Te agradecemos, Señor, y Te rezamos, Dios nuestro!**

Y ya viene el momento más supremo de toda la Liturgia: la transformación. En el altar sobre los Santos Sacramentos tres veces se invoca el Espíritu Santo, - el mismo Espíritu Santo por el cual se hizo la encarnación de Jesucristo de la Virgen; Su muerte; la Resurrección y sin el Cual el pan y el vino no pueden transformarse en el Cuerpo y en la Sangre de Jesús.

Habiéndose postrado ante el santo trono, el sacerdote y el diácono hacen tres inclinaciones profundas, pronunciando para sus adentros: **Señor, que a la tercera hora enviaste a Tu Espíritu Santísimo a Tus apóstoles. No lo quites a Él, Bienaventurado,**



*de nosotros, sino renuévanos, a los orantes.* Y después de esta invocación todos pronuncian para sus adentros el siguiente verso: *implanta en mí, Dios, el corazón puro, y renueva en mi vientre el espíritu justo.* Y la misma invocación sigue por segunda vez: *Señor, que a la tercera hora enviaste a Tu Espíritu Santísimo a Tus apóstoles. No lo quites a Él, Bienaventurado, de nosotros, sino renuévanos a los orantes;* y después de esto, el verso: *No me apartes de Tu rostro y no quites de mí a Tu Espíritu Santo.* Y por tercera vez: *Señor, que a la tercera hora enviaste a Tu Espíritu Santísimo a Tus apóstoles. No lo quites a Él, Bienaventurado, de nosotros, sino renuévanos, a los orantes.* Habiendo inclinado un poco la cabeza, el diácono indica con su estola el Santo Pan, pronunciando para su adentro: *¡Bendice, señor el Pan Santo!* y el hierofante señalándolo tres veces con la cruz dice: *Y haga pues que este pan sea el Cuerpo Venerado de Tu Cristo.* El diacono pronuncia: *Amen.* Y el Pan ya es el Cuerpo mismo de Cristo. Asimismo en silencio el diácono indica con su estola el Santo Cáliz, pronunciando para sus adentros: *Bendice, señor el Cáliz Santo.* Y bendiciéndolo, el sacerdote dice: *Y lo que esta en este Cáliz sea la Sangre Venerable de Tu Cristo.* El diácono pronuncia: *Amen,* e indicando ambos sacramentos, dice: *Bendice, señor, ambos.* Habiéndolos bendecido, el sacerdote pronuncia: *Añadiendo Tu Espíritu Santo;* el diácono tres veces pronuncia: *amen* y en la mesa del altar ya se encuentran el Cuerpo y la Sangre. ¡La transformación se ha hecho! Por el verbo fue llamado el Verbo Eterno. El hierofante, teniendo el verbo en lugar de la espada, hizo el sacrificio. Sea quien sea él mismo – Pedro o Iván – pero este sacrificio a través de su persona lo hizo Él Eterno Prelado Mismo y siempre lo hace en la persona de Sus hierofantes, como, según la palabra: *que haya la luz,* (Gen 1: 3) - y la luz brilla eternamente; como, según la palabra: *que produzca la tierra hierba verde* (Gen 1: 11) - y la tierra la produce eternamente. No es la imagen que se encuentra en el trono, no es la apariencia, sino el Cuerpo Mismo del Señor, el mismo Cuerpo, que había sufrido en la tierra, fue bofeteado, cubierto de escupidas, crucificado y sepultado, que resucitó, ascendió junto con el Señor y está sentado a la diestra del Padre. Mantiene la apariencia del pan, sólo para que sirva al hombre como alimento y porque el Señor Mismo había dicho: *Soy el pan.* (Jn 6: 35,61)

Comienza a resonar solemnemente la campanada de la iglesia anunciando a todos el gran momento, para que el hombre, dondequiera que esté en aquel instante – bien en el camino, bien cultivando el terreno de sus campos, bien sentado en su casa, bien ocupándose con otra cosa, bien sufriendo en el lecho de la enfermedad o tras las paredes de la cárcel – pueda de todos lugares elevar en este instante horrible una oración también de su parte. Al ver el Cuerpo y la Sangre del Señor, todos caen de rodillas invocándolo con las palabras del bandido: *¡Acuerda de mí, Señor, en Tu Reino!* (Lc 23: 42)

De haber inclinado su cabeza ante el sacerdote, el diacono pronuncia: *¡Acuerda de mí, señor santo!* El sacerdote le contesta: *Que el Señor siempre te acuerde en Su Reino ahora, y eternamente, y por los siglos de los siglos,* y comienza a recordar a todos, reuniendo así ante el Señor toda la Iglesia tanto triunfante como militante. Y lo hace al mismo modo y por el mismo orden, que todos se recordaban durante la Proskomidia, es decir, empezando de la Santísima Divina Inmaculada Virgen, Madre del Señor, a quién aquí mismo toda la iglesia junto con el coro angelical complace con el canto elogioso, alabándola como a la Intercesora por todo el género humano, como a la única mujer que por su alta resignación fue honrada del llevar a Dios en su vientre, para que en este instante todos escuchen, que la virtud más grande de todas es la humildad, y que Dios se encarna en el corazón del humilde. Y en pos de la Madre de Dios recuerda a los profetas, a los apóstoles, a los padres de la Iglesia por el mismo orden, por el cual se

retiraban por ellos las partículas durante la Proskomidia. Luego recuerda a todos los fallecidos, según la agenda recordativa que lee el diácono. Después recuerda a los vivos, empezando de los cargados de los deberes más importantes en la administración de la palabra de la verdad, designados por los superiores eclesiásticos, y de los que ocupan puestos laicos en la administración de la justicia, designados por el rey - que el Señor le ayude en su carrera difícil en cada su obra para el bien común y que en la aspiración colectiva de este bien colabore con él todo el nave estatal de la gobernación - la cámara del poder, el ejército - cumpliendo su deber honradamente, ***para que también nosotros en el calmo de ellos vivamos nuestra vida tranquilamente y silenciosamente con toda clase de devoción y candidez.*** Y el hierofante en este momento reza también por todos los cristianos que están en la iglesia, del primero al último, para que el Misericordioso derrame sobre ellos su benevolencia, colme del bien sus tesoros, guarde sus matrimonios en perfecta inteligencia y en la paz, eduque a los niños, ponga a la juventud en el camino de la verdad, apoye la vejez, consuele a los pusilánimes, reúna a los dispersos, a los seducidos vuelva al camino de la verdad y reúna con Su Santa Iglesia Catedral (Conciliar) Apostólica. El hierofante también reza humildemente por todos los cristianos hasta el último dondequiera que se encuentre - en el camino, ora navegando, ora viajando, ora sufriendo alguna enfermedad, ora consumiéndose en la cárcel, en las minas o en los precipicios de la tierra. Por todos hasta el último reza en este instante toda la iglesia, y cada uno de los fieles, además de rezar junto con todos y por todos, reza también por los íntimos de su corazón, nombrándolos ante el Cuerpo y la Sangre del Señor. El sacerdote proclama en voz alta desde el altar: ***Concédenos glorificar y decantar a una sola boca y a un solo corazón Tu nombre incorruptible y magnífico y del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo ahora y siempre y por los siglos de los siglos.*** La iglesia contesta con el ***amen*** afirmativo. El sacerdote proclama: ***¡Y que la gracia del Gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo esté con todos ustedes!*** Le contestan: ***y con tu espíritu.*** Y con eso se terminan los rezos, que se hacen ante el Cuerpo y la Sangre de Cristo por todos los que forman Su Iglesia.

El diácono sube al ambón para promover las oraciones por las Ofrendas ya sacrificadas a Dios y transformadas, para que no se conviertan en la causa del juicio y de la condenación. Habiendo levantado la estola con tres dedos de su mano diestra, así fomenta a orar a todos: ***¡Habiendo recordado todo lo santo, otra vez y de nuevo con todo el mundo recemos al Señor!*** Y el coro angelical canta: ***¡Señor, ten piedad!*** (El diácono) ***Recemos al Señor por las Santas Ofrendas sacrificadas y consagradas.*** Y el coro angelical canta: ***¡Señor, ten piedad!*** - ***Recemos que el Dios nuestro Filántropo,*** - invoca el diácono, - ***habiéndolos aceptado en Su santo altar supremo celestial y mental, con la exhalación del aroma espiritual, nos confiera la bienaventuranza Divina y el don del Espíritu Santo.*** Y el coro angelical canta: ***¡Señor, ten piedad!*** - (el diácono) ***Recemos al Señor para que nos libere de todo dolor, de la ira y de la pobreza.*** Y el coro angelical canta: ***¡Señor, ten piedad!*** - (el diácono): ***Defiéndenos, salva, perdona y guárdanos, Dios, con Tu bienaventuranza.*** Y el coro angelical invoca: ***¡Señor, ten piedad!*** - (el diácono): ***Pedimos al Señor que todo este día sea perfecto, santo, pacífico e inocente.*** Y el coro angelical canta: ***¡Concédenos, Señor!*** - (el diácono): ***Pedimos al Señor que nos envíe a un Ángel pacífico, fiel preceptor, guardián de las almas y de los cuerpos nuestros.*** Y el coro angelical canta: ***¡Concédenos, Señor!*** - (el diácono): ***Pedimos al Señor el perdón y la remisión de nuestros pecados y faltas.*** Y el coro angelical canta: ***¡Concédenos, Señor!*** - (el diácono): ***Pedimos al Señor lo bueno y lo útil para nuestras almas y la paz para el mundo*** y el coro angelical canta: ***¡Concédenos, Señor!*** - (el diácono): ***Pedimos al***

*Señor que pacemos el resto de nuestra vida en la paz y en la penitencia.* Y el coro angelical canta: *¡Concédenos, Señor!* - (el diácono): *Pedimos un final cristiano de nuestras vidas, indoloro, no vergonzoso, pacífico y una buena respuesta en el Juicio Temerario de Jesucristo.* Y el coro angelical canta: *¡Concédenos, Señor!* Y el diácono, ya sin invocar la ayuda de los santos, pero dirigiendo a todos directamente hacia el Señor, pronuncia: *Habiendo pedido la unión de la fe y la comunión del Espíritu Santo, entreguémonos a sí mismos, y los unos a los otros, y toda nuestra vida a Cristo Dios.* Y todos cantan en la plena y perfecta fidelidad: *¡A Ti, Señor!*

En cuanto al sacerdote, en lugar de las triples alabanzas proclama: *Haz, Señor, que merezcamos a invocarte, a Dios Padre Celestial, y hablarte con audacia y sin condenación.* Y en este momento todos los fieles - ya no como siervos llenos de temor, sino como niños, como bebés puros, conducidos por las mismas oraciones, por toda la celebración y por el paso gradual de sus santos ritos hasta aquel estado celestial, enternecido y angelical del alma, en que el hombre puede hablar directamente con Dios como con el padre más dulce, - pronuncian la oración que nos enseñó el Señor: *Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea Tu nombre; venga a nosotros Tu Reino; hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.* (Mt 6: 9)

Esa oración abraza y encierra en sí misma todo lo que necesitamos. Por la petición: *santificado sea Tu nombre*, se pide lo que antes de todo debemos pedir: donde se santifica el nombre de Dios, allí todos están bien, allí, entonces, todos viven en el amor, pues el nombre de Dios se santifica sólo por el amor. Con las palabras *venga a nosotros Tu Reino*, se invoca a la tierra<sup>13</sup> el Reino de la Verdad, ya que sin la venida de Dios no habrá verdad, pues Dios es la Verdad. Las palabras *hágase Tu voluntad*, se deben a la fe y a la razón: pues ¿cuya voluntad puede ser más hermosa que la de Dios? ¿Quién sabe mejor que el Creador Mismo las necesidades de Su creación? ¿A quién entregarse si no a Aquel quién todo es el bien benéfico y la perfección? Con las palabras *danos nuestro pan de cada día*, le pedimos todo lo que necesitamos para nuestra existencia diaria y el pan nuestro de cada día es la Sabiduría Divina, es Cristo Mismo que había dicho: *Soy el pan, quien me come no morirá.* (Jn 6: 48-51) Con las palabras: *perdona nuestras ofensas*, le pedimos que nos quite todos los pecados graves que pesan sobre nosotros, - pedimos perdón por todo lo que le debemos al Creador Quién a través de las personas de los hermanos nuestros diariamente y a cada instante tiende Su mano hacia nosotros, implorando la benevolencia y la caridad con el clamor que desgarrá toda el alma. Con decir: *no nos dejes caer en la tentación*, pedimos liberación del todo lo que turba nuestro espíritu y nos quita la paz. Con decir: *y líbranos del mal*, pedimos la alegría celestial, porque apenas el mal nos deja, inmediatamente entra en nuestra alma la alegría, y nosotros estando aun en la tierra nos sentimos como en el cielo.

Así, la oración que nos enseñó la Sabiduría Divina todo encierra y abarca en sí misma. Y ¿a quien hemos de rezar? Al Padre de la Sabiduría, Quién la engendró antes de todos los tiempos. Como todos los fieles deben repetir esta oración para sus adentros,

---

13. N. de la T. Aquí Gogol repite la confusión de muchos, ya que Jesús diciendo “tierra” se refería al alma humana. He ahí, cómo había dicho: «No viene el reino de Dios con observación; ni dirán: «¿He aquí o allí! Pues he aquí el reino de Dios dentro de vosotros está». (La Sagrada Biblia Versión de la Septuaginta al Español por el Pbro. Guillermo Jünemann Beckschaefer: Lc 17: 20-21)

es decir, no por los labios, sino por la pura inocencia de su corazón de niño, también de niño debe ser el canto mismo de los coros angelicales: no se debe cantar esa oración con las voces viriles y severas, sino con las voces de niños, como si besando al alma: ¡que se escuche en ella el aliento primaveral de los cielos!, ¡que flote en ella el beso de los ángeles!, porque aquí a Aquel, Quien nos ha creado, ya no lo llamamos *Dios*, sino le decimos simplemente: **¡Padre nuestro!**

El hierofante desde el fondo del altar saluda a todos, como si fuera el saludo del Salvador: **¡Que la paz esté con todos ustedes!** Le contestan: **¡Y con tu espíritu!** Recordando de la confesión cordial que cada uno debe hacer en este instante para sus adentros, el diácono invoca: **¡Inclinad vuestras cabezas ante el Señor!** Y después de inclinar sus cabezas todos – desde el primero hasta el último de los fieles - pronuncian para sus adentros una oración casi igual a ésta: **Ante Ti, Señor Dios mío, inclino la cabeza y voceo en la confesión cordial: Soy pecador, Señor, y no merezco pedirte perdón, pero porque Tu eres Filántropo, ten piedad de mí, por nada, como del hijo pródigo, justifícame como al publicano, y otórgame, como al bandido, Tu Reino Celestial.** Y mientras que todos permanecen así, con las cabezas inclinadas en la compunción interior cordial, el hierofante en el altar reza por todos pronunciando para sus adentros: **Te agradecemos, Rey invisible, que todo lo has hecho por Tu fuerza incontable y por Tu inmensa gracia, todo has traído de la inexistencia a la existencia. Tú Mismo, Señor, mira desde el cielo a los que inclinaron ante Ti sus cabezas, porque no las inclinaron ante el cuerpo y la sangre, sino ante Ti, Dios Temible. Pero Tú, Señor, allana para el bien nuestro todo lo que impide nuestro camino, según las demandas de cada uno: navega con los navegantes, viaja con los viajeros, cura a los enfermos. ¡Al Médico de las almas y de los cuerpos!** Y proclama en pos de esto la triple alabanza magnífica dirigida a la Divina gracia celestial: **¡Por la bienaventuranza, por las generosidades y la filantropía de Tu Hijo Primogénito, con Él pues eres bendito y con Tu Espíritu Santísimo Benéfico y Vivificador ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos!** El coro angelical afirma: **amen.** Mientras tanto el sacerdote, preparándose primero él mismo y después preparando a los otros para la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, reza secretamente de este modo: **¡Escúchanos, Señor Jesucristo, Dios nuestro, desde Tu santuario y desde el trono de la gloria de Tu Reino! Ven a consagrarnos Tú, Quién estás sentado a lo alto con el Padre y al mismo tiempo invisiblemente se encuentras aquí, con nosotros, hónranos a los sacerdotes con darnos por Tu mano soberana Tu Purísimo Cuerpo y Tu Santa Sangre, para que después toda Tu gente pueda recibirlos de nosotros.**

Mientras el sacerdote pronuncia esa oración, el diácono se prepara para la comunión: para ante las puertas reales, ciñéndose con la estola y poniéndosela en forma cruzada sobre sí mismo a semejanza de los ángeles que cruzan sus alas, cubriendo sus rostros ante la inaccesible luz de la Divinidad. Haciendo tres inclinaciones, igual que el sacerdote, el diácono tres veces pronuncia para sus adentros: **¡Dios, purifícame, soy pecador, y ten piedad de mí!** Cuando el sacerdote tiende sus manos hacia el santo disco, el diácono con la palabra: **atendamos,** dirige la atención de todos a lo que está ocurriendo. El altar se oculta de la vista del pueblo, la cortina se corre: ¡que sea antes la comunión de los hierofantes mismos! Desde el altar suena sólo la voz del hierofante que eleva el santo disco diciendo: **Lo Santo para los santos.** Estremeciéndose de esta proclamación, según la cual uno debe ser santo para recibir la sagrada, todos los orantes le contestan: **Hay sólo un Santo, sólo el Señor es Santo, Jesucristo, en la gloria del Padre,** y en pos de esto cantan un himno laudatorio al santo del día anunciando que también el hombre puede llegar a ser santo, como se hizo santo el santo, a quien se dedica el himno: no se convirtió en santo por su santidad, sino por la de Cristo. El

hombre se santifica permaneciendo en Cristo, y en estos instantes de su permanencia en Cristo él es santo como Cristo Mismo, igual que el hierro que estando en el fuego se convierte en fuego, pero apenas se retira del fuego, se apaga instantáneamente y se convierte de nuevo en un hierro oscuro.

Ahora el sacerdote fracciona el Pan Santo, primero en cuatro partes, por el signo trazado durante la Proskomidia, y mientras lo hace pronuncia con veneración: ***se rompe y se parte el Cordero Divino, que se rompe y no se divide, siempre es comido y nunca es agotado, pero consagra a los que comulgan.*** Y guardando para la comunión suya y del diácono una de estas cuatro partes del Santo Cuerpo no unido todavía con la Sangre, rompe después las partes restantes del Pan en la cantidad de partículas, que corresponde al número de los que se comulgan, pero el Cuerpo de Cristo no se rompe, ni Su hueso se destruye y en la más pequeña partícula se conserva Cristo intacto, así como en cada miembro de nuestro cuerpo permanece el misma alma humana intacta e indivisa; así como en el espejo, que aunque se rompa a cientos pedacitos, en cada uno de ellos, hasta en el más pequeño, se conserva el reflejo de los mismos objetos; igualmente como en el sonido que nos promulgó y que, aunque lo escucharon miles orejas, conserva su unidad y es el mismo sonido único e intacto. Pero en el Cáliz no se sumergen todas aquellas partes, que fueron retiradas durante la Proskomidia en el nombre de los santos, de los difuntos y de algunos vivos. Estas se quedan por un tiempo sobre el disco: la Iglesia comulga sólo con las partes que forman el Cuerpo y la Sangre del Señor. En los tiempos iniciales en las Iglesias comulgaban con estas partes en forma desunida (como actualmente lo hacen sólo nuestros hierofantes) y cada uno de los asistentes de la celebración tomando en las manos el Cuerpo del Señor, después bebía del Cáliz. Pero cuando los cristianos recién convertidos e ignorantes, - que se hicieron cristianos sólo de nombre -, empezaron a llevar arbitrariamente los Santos Sacramentos a sus casas para emplearlos en las supersticiones y los sortilegios, o los trataban con atropello aquí mismo, en el templo, empujando los unos a los otros, haciendo ruidos y hasta derramando los Santos Sacramentos, entonces los padres de muchas iglesias se vieron obligados a anular por completo la comunión de la Sangre para todo el pueblo, sustituyéndola por el signo panado de la hostia, como lo hizo la Iglesia Católica Occidental. Entonces para que no ocurriese lo mismo en la Iglesia Oriental, San Juan Crisóstomo ordenó no entregar al pueblo la Sangre y el Cuerpo separadamente, sino ofrecerlos en forma unida, que ni una, ni el otro se diese a las propias manos de las personas, sino les entregase en la santa cucharada que es la imagen de aquellas tenazas, con las cuales el serafín fogoso tocó los labios del profeta Isaías, recordando así a todos, qué es, lo que están por tocar sus labios, y que todos vieran claramente que esta santa cucharada que el hierofante tiene en sus manos, es aquel carbón ardiente que el serafín asió con las tenazas misteriosas del altar de Dios con el fin de sólo tocando con él los labios del profeta quitarle todos sus pecados. El mismo Crisóstomo para alejar incluso la idea que esta unión del Cuerpo y de la Sangre se hace según la voluntad del hierofante, encargó en el momento de su unión verter en el Caliz un poco de agua tibia señalando así la bienaventuranza calorífica del Espíritu Santo, que se derrama para confirmar el permiso de tal unión, por lo que el diácono pronuncia allí: ***calor de la fe, llénanos del Espíritu Santo.*** Y sobre este verter mismo del calor se invoca la bendición del Mismo Espíritu Santo, *para que nada se haga sin la bendición del Señor; para que el calor sea, al mismo tiempo, semejante al calor de la Sangre, y todos que la beban, sientan que no es la sangre del cuerpo muerto, del que no se derrama sangre calorosa, sino es la sangre del Cuerpo Vivo y Vivificador del Señor; para que también aquí todos escuchen la proclamación que el Alma Divina tampoco ha retrocedido del*

Cuerpo muerto del Señor, que estaba lleno de acciones del Espíritu y que la Divinidad nunca se separó de él.

Comulgándose primero él mismo y después comulgado al diácono, el servidor de Cristo ya es una nueva persona, purificada de todos sus pecados por la sagrada comunión - una persona verdaderamente santa en este instante y digna a comulgar a otros.

Las puertas reales se abren, anunciando así la apertura del Reino Celestial, que nos ha concedido Cristo por el ofrecimiento a sí Mismo como el alimento espiritual para todo el mundo; el diácono eleva la voz diciendo solemnemente: ***¡Acercad con el temor Divino y con la fe!*** El Santo Cáliz que el diácono lleva pronunciando dichas palabras, representa al Señor Mismo llegando al pueblo para ascenderlo Consigo hacia la casa de Su Padre. Y ante los ojos de todos se presenta el hierofante parado en las puertas santas y transformado en el serafín con el Santo Cáliz en las manos. Con el trueno del solemne canto ambos coros retumban en respuesta al diácono: ***¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, Señor Dios ha aparecido ante nosotros!*** Y toda la iglesia los acompaña con el trueno del canto espiritual brotando del fondo del espíritu creciente.

Ardiendo en deseos de Dios, quemándose en el fuego del amor a Él, con las manos cruzadas sobre sus pechos, uno tras otro se acercan a Él los comulgantes, y de haber inclinado sus cabezas, repiten para sus adentros la siguiente confesión:

***Creo, Señor, y profeso, que Tu eres realmente Cristo, el Hijo de Dios Vivo, que vino al mundo para salvar a los pecadores, de los que soy el primero. También creo que Esto es Tu Purísimo Cuerpo y Esto es Tu Santa Sangre, por eso Te ruego: ten piedad de mí y perdona mis pecados, intencionales e involuntarios que he cometido ora con la palabra, ora con la acción, ora conociendo, ora por la ignorancia, y concédeme a comulgar, sin que sea castigado, Tus Misterios Purísimos para la remisión de los pecados y para la vida eterna.*** Y después del detenerse por un instante para abarcar mentalmente el significado de lo que va a hacer, continúa repitiendo en el fondo de su corazón las siguientes palabras: ***Es el Misterio de Tu Cena. Hijo de Dios, acéptame al comulgante: ya que no contaré Tu Misterio a Tus enemigos y no Te daré el beso, como Judas, pero Te profeso, como el bandido: acuerda de mí, Señor, en Tu Reino.*** Y después del breve y piadoso silencio, continúa: ***Que no sirva esta comunión de Tus Santos Misterios para mi juicio, Señor, o para la condenación, sino para la curación del alma y del cuerpo.***

Aquel, a quien se acerca cada uno de los comulgantes, ya no es el hierofante, sino el serafín fogoso. Cada uno se aproxima a él con los labios abiertos preparado a recibir de la santa cucharada aquel carbón quemado en el fuego del Santo Cuerpo y de la Sangre del Señor, que debe quemar en él toda la zacapela negra de sus pecados, como a un ramaje seco y corruptible, expulsando así la eterna noche de su alma y convirtiéndolo en un serafín sereno. Y después de que el hierofante acerque la santa cucharada a sus labios y al nombrarlo pronuncie: ***Comulga el siervo de Dios la Santa Sangre venerable del Señor y Dios y Salvador nuestro Jesucristo para la remisión de sus pecados y para la vida eterna,*** toma el Cuerpo y la Sangre del Señor y en ellos recibe el instante de su cita con Dios, encontrándose con Él Mismo cara a cara. Este momento no tiene tiempo y no se distingue de la eternidad, ya que en ella se encuentra Aquel, Quién es el comienzo de la eternidad. Después de haber recibido en el Cuerpo y en la Sangre este gran momento, el comulgado se queda lleno de santo horror; sus labios se secan con el santo aire una vez que haya repetido las palabras del serafín, dirigidas al profeta Isaías: ***He aquí tocaré tus labios y serán quitadas tus iniquidades, y tus pecados serán expiados.*** Ya como un santo, se aleja del Santo Cáliz, -haciendo

reverencias a los santos, saludándolos y haciendo reverencias a todos los fieles, como a los seres ahora mucho más íntimos a su corazón que antes, con los cuales ahora esta unido por los lazos del santo parentesco celestial, - y regresa a su lugar lleno de la conciencia que recibió a Cristo en Si Mismo y que Cristo está dentro de él, que Cristo descendió con Su Cuerpo a su vientre como al sepulcro para que al penetrar después en el depósito oculto de su corazón, resucite en su espíritu, efectuando en él mismo tanto su entierro como su resurrección. Toda la iglesia resplandece de la luz de esta Resurrección espiritual y los cantantes elevan los siguientes cantos jubilosos:

***Habiendo visto la resurrección de Cristo, inclinemos ante el Santo Señor Jesús, Único y Sin pecado. Adoramos Tu cruz, Cristo, y decantamos y glorificamos Tu Santa Resurrección: porque Tú eres nuestro Dios, no sabemos a otro, sólo a Ti, homenajeamos Tu nombre. Venid, todos los fieles, para que adoremos la Santa Resurrección de Cristo: porque por la cruz vendrá la alegría para todo el mundo. Siempre bendiciendo al Señor, decantamos Su Resurrección: porque habiendo sufrido la crucifixión, con la muerte destruyo la muerte.***

Y siguen, como los ángeles que se unen en este instante:

***Brilla, brilla, Nuevo Jerusalén, porque sobre ti se ha resplandecido la gloria del Señor. Jubila ahora y alégrate, Sión; y Tu, Purísima Madre de Dios, brilla, por la resurrección de Aquel a Quién alumbraste. ¡Oh, Cristo, la Gran Pascua Santa! ¡Oh, la Sabiduría y el Verbo Divino y la Fuerza! ¡Concedenos comulgarte más ferviente en el día sin atardecer de Tu Reino!***

Mientras que los cantos de la resurrección llenan la jubilosa Iglesia, el sacerdote en el altar cerrado, habiendo puesto el Santo Cáliz sobre el santo refectorio que junto con el disco se cubre nuevamente con los mantos, pronuncia una oración del agradecimiento al Señor que es el Mismo Bienhechor de las almas por hacerlo digno a comulgar Sus Misterios inmortales y celestiales y la concluye pidiendo que corrija nuestro camino, consolide a todos nosotros en el sagrado temor ante Él, guarde nuestra vida y haga firmes nuestros pasos.

Habiendo bendecido a los fieles con las palabras: ***Salva, Dios, Tu gente y bendice Tus bienes***, - pues supone que por su pureza todos ellos en este instante se convirtieron en los bienes propios de Dios, - el sacerdote se dirige mentalmente a la ascensión del Señor, con la que se concluyó Su estancia sobre la tierra: para junto con el diácono ante el santo trono y haciendo reverencias, incienso por última vez y incensando pronuncia para sus adentros: ***¡Alzate, oh Dios, sobre los cielos, sobre toda la tierra, tu gloria*** (Sal 57: 6). Mientras tanto, el coro angelical con los cantos y sonidos que arroban y que brillan de alegría espiritual, fomenta las almas serenas de todos los fieles para que pronuncien tras él las siguientes palabras de la misma alegría espiritual: ***Habiendo visto la luz verdadera, habiendo recibido el Espíritu Celestial y habiendo hallado la fe verdadera, adoramos la Trinidad indivisa, porque ella nos ha salvado.***

En las puertas santas sin pronunciar ni una palabra aparece el diácono con el santo disco sobre su cabeza: con su silencioso mirar a todos los fieles y con su ida manifiesta el alejamiento de nosotros y la ascensión del Señor. En pos del diácono en las puertas santas aparece el hierofante con el Santo Cáliz y anuncia que el Señor que se ascendió, permanece con nosotros hasta el fin de los tiempos, diciendo: ***Siempre, ahora, y eternamente, y por los siglos de los siglos***, después de que tanto el Cáliz como el disco se llevan nuevamente al altar lateral, donde se había efectuada la Proscomidia y el que

ahora ya no representa la guarida que vio el Nacimiento de Cristo, sino aquel supremo lugar de la gloria, donde se efectuó el regreso del Hijo al seno del Padre.

Aquí toda la iglesia dirigida por el coro, se une en el solemne canto de agradecimiento por las almas; y ahí son las palabras de su alabanza: ***¡Que se llenen nuestras bocas con Tu alabanza, que cantemos Tu gloria, ya que nos hiciste dignos a comulgar Tus Santos Divinos Inmortales y Vivificadores Misterios: guárdanos en Tu santuario para que todo el día aprendamos Tu verdad!*** Y después de eso el coro de los cantores tres veces decanta la palabra elevador: ***Aleluya***, que señala el andar incesante de Dios y Su presencia en todas partes. En cuanto al diácono, él sube al ambón para promover por última vez las oraciones de agradecimiento. Al levantar la estola con los tres dedos de su mano, dice: ***Siendo simples y habiendo recibido los Divinos, Santos, Purísimos, Inmortales, Celestiales y Vivificadores Misterios horrorosos de Cristo, agradecemos al Señor dignamente.*** Y agradeciéndolo cordialmente, todos cantan con voz baja: ***¡Señor, ten piedad!*** El diácono invoca por última vez: ***Defiende, salva, ten piedad y guárdanos, Dios, por Tu bienaventuranza!*** –Y todos cantan: ***¡Señor, ten piedad!*** – (el diácono): ***Habiendo pedido que el día sea perfecto, santo, pacífico y sin pecados, a sí mismos y los unos a los otros y toda nuestra vida entreguemos a Cristo Dios.*** Y con la sumisión mansa de niño, en la confianza celestial a Dios, todos exclaman: ***¡A Ti, Señor!*** Mientras tanto el sacerdote plegando el antimín, hace con el Evangelio en las manos la señal de la cruz y proclama la triple alabanza que hasta este momento habiendo alumbrado, como un faro, toda la marcha de la misa, ahora ya se inflama con la luz aun más fuerte en las almas iluminadas. Y en esta vez así es la invocación de la triple alabanza: ***Como eres nuestra consagración, Te glorificamos: al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos.***

Después el sacerdote se acerca al altar lateral, donde se encuentran el Cáliz y el disco. Todas aquellas partículas, que se retiraron durante la Proskomidia en la memoria de los santos, por el descanso de los difuntos y por la salud espiritual de los vivos, y las que hasta este momento se quedaban en el disco, ahora ya están sumergidas en el Santo Cáliz, y en esta acción de sumergir la Iglesia entera de Cristo comulga Su Cuerpo y Sangre - y aquella Iglesia que todavía peregrina y guerrea en la tierra, y aquella que ya está triunfando en los cielos: la Madre de Dios, los profetas, los apóstoles, los padres de la iglesia, los santos, los eremitas, los mártires, todos los pecadores, por quienes habían retirado las partes, las personas que todavía viven en la tierra y las que ya partieron de esta vida – todos comulgan el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y el sacerdote parado en este solemne instante ante Dios como representante de toda Su Iglesia, bebe del Cáliz la comunión de todos y así recibiendo en sí mismo la iniciación de todos, reza por todos para que sus pecados sean lavados, porque Cristo se sacrificó por la redención de todos, tanto de los que habían vivido antes de Su venida como de los que vivieron y vivirán después de la misma. Y por mucho que sea pecadora su oración, él la eleva por todos, incluso por los más santos, porque, como dijo Crisóstomo, todo el universo debe ser purificado.

La Iglesia ordena elevar una oración universal por todos; el alto significado de esta oración y su severa necesidad fueron reconocidos no por los sabios del mundo o por los investigadores del siglo, sino por aquellas personas supremas que con su alta perfección espiritual y con su vida celestial y angelical llegaron a conocer los misterios más profundos y ya vieron claramente, *que* entre los que viven en Dios no hay separación; *que* con la descomposición transitoria de nuestro cuerpo no cesan las relaciones y *que* el amor trabada en la tierra se agranda en los cielos como en su patria, y el hermano, que



se alejó de nosotros, por la fuerza del amor se nos hace aún más íntimo. Y todo lo que emana de Cristo, es eterno, como es eterna la fuente Misma, de donde emana. Por los órganos supremos de sus sentidos oyeron también, que la Iglesia triunfante debe rezar incluso en los cielos y rezar asimismo por sus hermanos que aún peregrinan sobre la tierra; oyeron, que Dios concedió, como el mejor de los gozos, el gozo de rezar, pues Dios nada hace y a nada favorece sin convertir su creación en el participante de Sus hechos, para que ella goce de la suprema felicidad de la beneficencia: lleva el ángel Su orden y ya por llevarlo se sumerge en el gozo. Reza el santo en los cielos por sus hermanos en la tierra y ya por rezar se sumerge en el gozo. Y todo participa en todas las supremas delicias y beatitudes de Dios: millones de perfectas criaturas brotan de las manos de Dios para participar en las más supremas delicias, y su número no tiene fin, como no tienen fin las delicias de Dios. Habiendo bebido del Cáliz la comunión de todos con Dios, el hierofante lleva hacia el pueblo aquellas hostias, de las cuales fueron apartadas y retiradas las partículas, y con esto conserva la antigua imagen alta de la Fiesta del Amor que ejercitaban los primeros cristianos. Aunque ahora no se pone para eso mesa, porque los cristianos ignorantes, el alboroto imprudente de sus regocijos, las palabras de la discordia y no del amor, hace tiempo que deshonraron la sagrada de este conmovedor festín celestial en la casa de Dios, donde todos los que banquetearon allí, eran santos, sus almas eran como una, y, siendo puros niños en su corazón, mantenían conversaciones tan santas, como si estuviesen en la casa celestial de Dios; aunque las iglesias mismas vieron la severa necesidad de aniquilarlo y en muchas de ellas ya había desaparecido hasta la memoria misma de este festín, - la que nunca pudo decidirse a aniquilar ese rito por completo fue únicamente la Iglesia Oriental que distribuyendo el Pan Santo entre todo el pueblo en el centro de la iglesia, de hecho, efectúa la misma antigua Santa Fiesta del Amor. Por eso el que toma la hostia, la toma como el pan de aquel festín, donde el Dueño Mismo del mundo<sup>14</sup> conversaba con Su gente - y por eso debería comerlo piadosamente, imaginándose rodeado con toda esta gente como si fueran sus hermanos más dulces (*sic*), - e igual que solían hacerlo en la Iglesia inicial, la come antes de cualquier otro alimento, o la lleva a casa para sus familiares, o la manda a los enfermos, a los indigentes o a los que por algún motivo no pudieron en este día estar en la iglesia.

Habiendo distribuido el Santo Pan, el sacerdote hace la absolución de la Liturgia y bendice todo el pueblo con las palabras: ***Cristo, nuestro Dios Verdadero, por las oraciones de la Virgen Su Madre, por las oraciones de nuestro padre arzobispo Juan Crisóstomo*** ( si la Liturgia se celebra en su día), ***por las del santo*** ( nombrándolo en su día) y ***las de todos los santos, nos perdonará y salvará, porque Él es Bendito y Filántropo***. El pueblo, persignándose e inclinándose, se retira acompañado por el fuerte canto del coro angelical glorificando al emperador y deseándole muchos años del reinado.

El sacerdote en el altar quita su vestimenta pronunciando: ***Ahora liberas a Tu siervo***, (Lc 2: 29) y acompañando sus acciones con los cánticos elogiosos, himnos al padre y al santo de la iglesia, cuya Liturgia se ha celebrado, y a la Purísima Santa Virgen dentro de la cual se efectuó la encarnación de Aquel, para Quién se ha celebrado toda la

---

14. Nota de la T. No está claro a que mundo se refiere aquí al autor, ¿al de los tiempos o al de la eternidad?, porque tratándose al mundo de los tiempos hay que recordar que Jesús no se reconoció como su Dueño (Jn 17: 16) y aun más: se contrapuso a él (Jn 12: 31)

Liturgia. Mientras tanto el diácono usa todo lo que se quedó en el Cáliz, y luego, habiendo vertido en él un poco de vino y agua y habiendo enjuagado sus paredes interiores, bebe todo, seca esmeradamente el Cáliz con la esponja para que nada se quede, pone los santos recipientes juntos, los cubre, los venda y dice igual que el sacerdote: *Ahora liberas a Tu siervo*, repitiendo los mismos cánticos y las mismas oraciones.

Al fin ambos salen del templo llevando la frescura brillante en sus semblantes, la alegría jubilosa en sus espíritus y el agradecimiento a Dios en sus labios.

### **Conclusión**

La influencia que la Divina Liturgia ejerce sobre el alma es grande: se celebra visiblemente y efectivamente tanto ante los ojos de todo el mundo como ocultamente. Y sólo si él orante sigue piadosamente y con aplicación a todas las acciones, sumiso a la invocación del diácono, entonces su alma se pone de buen humor, los mandamientos de Cristo se vuelven ejecutables para él, el yugo de Cristo se vuelve en el bien y Su carga se hace ligera. Al salir del templo, donde presencié la Divina Eucaristía del Amor, mira a todos como a los hermanos. Haga lo que haga en la oficina donde habitualmente trabaja, en la casa, - donde sea, en el rango que sea, - conserva involuntariamente en su alma el trazado alto del trato amoroso con la gente, traído desde los cielos por el Dios-hombre. Involuntariamente se hace más misericordioso y amoroso con los subordinados. Si está bajo el mando del otro, le somete con más gana y más amorosamente, como al Salvador Mismo. Si ve a alguien pidiendo ayuda, su corazón más que en cualquier otro día se dispone a ayudar, y auxiliando amorosamente al indigente, siente más gozo. Si el indigente es él mismo, la más mínima donación acepta con gratitud: su corazón emocionado se pierde en los agradecimientos y reza por su bienhechor con más gratitud que nunca. Y todos los que escucharon la Divina Liturgia con aplicación, salen más mansos, más amables en el trato con la gente, más amistosos y calmos en sus acciones.

Por eso todos los que quieren avanzar y hacerse mejor, tienen que asistir la Divina Liturgia muy frecuentemente y escucharla con atención, porque la misma imperceptiblemente construye y crea al hombre. Y si la sociedad todavía no se ha disociado completamente, si las personas todavía no respiran un odio absoluto e irreconciliable mutuamente,- la causa secreta de ese hecho es la Divina Liturgia que recuerda al hombre del amor santo y celestial hacia el hermano. Y por eso quien quiere fortalecerse en el amor, debe asistir la Sagrada Eucaristía del Amor muy frecuentemente, y debe hacerlo con el temor, con la fe y con el amor. Y si siente que no merece recibir en su boca a Dios Mismo que es todo amor, entonces por lo menos tiene que mirar, cómo comulgan los otros, para que imperceptiblemente, insensiblemente, semana tras semana se vuelva más perfecto.

Grande e incalculable podría ser la influencia de la Divina Liturgia, si el hombre la escuchase con la decisión de realizar lo que oyó en su vida. Enseñando lo mismo a todos, influyendo igualmente sobre todos los eslabones - desde el rey hasta el último mendigo,- a todos dice lo mismo, aunque no por la misma lengua, a todos enseña el amor que es el enlace de la sociedad, el resorte secreto de todo que se mueve armoniosamente, el alimento, la vida de todo.

Pero si la influencia de la Divina Liturgia sobre los fieles es muy fuerte, es aún más fuerte sobre el celebrante o hierofante mismo. Si sólo la celebra piadosamente, con el temor, con la fe y con el amor, entonces se vuelve puro, igual que los vasos, que

después ya por nada...*(sic)*; si pasa aquel día cumpliendo sus multiformes deberes pastorales, o se encuentra en la casa entre sus familiares, o entre sus parroquianos que son también su familia, - siempre se manifestará en él el Salvador Mismo, en todas sus acciones actuará Cristo, por su boca hablará Cristo. Si intenta a reconciliar a los que están enemistados, si induce al poderoso a la misericordia hacia el carecido, si consuele al dolorido o incita al oprimido a la paciencia, o...*(sic)*, - sus palabras adquirirán la fuerza del óleo curativo y serán por doquier las palabras de la paz y del amor.